

ATENE

1935

2

冊







Año XII Tomo XXX Núm. 118

008(83)105

# Ateneea

Revista Mensual de  
Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA  
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)

1935

127



## SUMARIO

Januario Espinosa  
Eduardo Ugarte Herrera  
Prof. Dr. Argeo Angiolani

*Puntos de vista*  
*El pueblo chico en la novela chilena*  
*Retrato de Araceli*  
*Los progresos de la química moderna*  
*y la evolución e importancia de la*  
*industria química.*

Luis Cané  
Carlos Charlín Ojeda  
Germán Luco

*Canción de la bien casada*  
*«Konga-a-tama-rangi»*  
*El Zarco*

LOS LIBROS.—Luis David Cruz y «La Chica del Crillón».—Lautaro Yankas: «Pedro Moreno, el insurgente».—Fernando Diez de Medina: Domingo Melfi y Pacífico-Atlántico.—Ramiro Pérez Reinoso: La América Latina.—Antonio García: Las Barcarolas de Ulises.—Milton Rosset: Puritania.

SEÑALES — ASTERISCOS — NOTAS DEL MES

Precio \$ 3.50

Abril de 1935

# Atenea

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes  
Publicada por la Universidad de Concepción

Comisión Directora:

ENRIQUE MOLINA

FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago  
Señor DOMINGO MELFI

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. Su propósito es el de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

## PRECIO DE LAS SUSCRIPCIONES

Un año.....	\$ 30.00
Un semestre.....	16.00
En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para fran- queo.	
Suscripción a los países extranjeros excep- to Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.	
Número suelto.....	3.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEA, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

**LIBRERIA NASCIMENTO**

SANTIAGO  
Ahumada 125  
Casilla 2298

CONCEPCION  
Barros Arana 800  
Casilla 2290

Imprenta Nascimento.—Ahumada 125.—Santiago.

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.  
Publicada por la Universidad de Concepción.

---

---

Año XII

Abril de 1935

Núm. 118

---

---

## Puntos de vista

### Peripécia del escritor

*También hay un drama del escritor, mal que pese a los que suponen que el escritor es un ser sin dramas, puesto que vive dedicado a forjarlos, o a examinar el drama de los otros. Pero vive suspendido sobre un abismo y es, menos el receptáculo de las inquietudes actuales que el espectador de su propia e inevitable amargura. Hay también un drama en creer o imaginar que se domina el mundo externo, que se le entiende en todas sus complejidades, sólo porque se cree dominar la simplicidad del mundo interno personal. Paradoja. El escritores tá lejos del pueblo, que no lo entiende y distante de la burguesía a la cual él no puede sentir. El escritor tiene todas las apariencias de un burgués; vive como un burgués; pero sus rebeldías, sus sentimientos íntimos e inconfesables están por encima de la burguesía. La burguesía tiene el instinto de este drama y en cierto modo lo adivina. No cree en el escritor y el escritor, a su vez, adivina o siente el rechazo de la burguesía.*

*En América se ha venido a comprender, a exigir ahora al escritor una misión especial: orientador de masas. Tal es el contrasentido de la opinión americana. Nunca el escritor fué tenido en cuenta, pero por el hecho de saber esgrimir una pluma se le exigió más de la cuenta; y se pensó que eso autorizaba para que se erigiera en maestro de multitudes. ¡Pero cuándo el escritor estuvo*

cerca de las masas? ¿Cuándo fué intérprete de la pasividad agresiva o brutal de las masas? No hay memoria. La entrada del escritor en el dominio del proletariado, digámoslo así, es exclusivamente producto de la post-guerra. Antes de esa fecha el escritor en América fué un ser pasivo, un elemento de adorno, un caso pintoresco de las sociedades, un rebelde anarquizante o un revolucionario político. Se entiende que decir político es decir, sometimiento a la burguesía o a los clanes que ordenaban directivas determinadas en los negocios de Estado. El siglo XIX, por ejemplo, está lleno en todos los países de escritores revolucionarios. O lo que es lo mismo, de escritores que fueron políticos, que combatieron por la libertad política. ¿La libertad del pueblo? No. Ese romanticismo que hoy aparece como un envión gallardo era simplemente lucha de partidos, lucha de grupos o de tribus.

La literatura novelesca actual de América (de una parte de América, la tropical) está empeñada en una lucha a muerte con la naturaleza, con el hombre carroña. Decimos con el hombre carroña porque se está buscando la parte más trágica del hombre, del indio, del peón o del labrador para elevarla al plano novelesco o al plano dramático. Es decir, se humaniza sin pretexto de humanización, porque todo ese espectáculo de la explotación es, no una conseja sino una realidad terrible. Esta literatura evidentemente, hiede. No es apta para menores... literarios, ni puede satisfacer la sensibilidad frágil y escurridiza de los apolíneos. Está lejos de ser una concesión, aunque a veces extreme demasiado la nota y se salga de madre sólo por el placer de hacer de la vida un espectáculo demasiado brutal y repulsivo. Cada página de esos libros manifiesta la esencia del hombre en su expresión más baja y cruel. Los personajes son meros despojos de inacabables naufragios. Tiritan sus carnes magulladas, sofren el corazón sus latidos para esperar la muerte; se tienden como los reptiles o se entregan a la fatalidad o a la lucha, con la conciencia de no lograr nada. Reaccionan a medias. Están condenados por una organización secular que los tiene atados desde hace siglos. En los padres, en los hijos, en los nietos.

Por ellos está revelándose el escritor nuevo que va de las ciudades, a los campos o selvas que siente superficialmente sus tragedias, y las describe desde su cómodo gabinete. Esta es la literatura proletaria a medias. A medias, porque los instrumentos todavía son burgueses. Y los escritores aun no han salido enteramente del dominio burgués.

El drama del escritor, es pues, una tentativa constante de evasión de su medio, sin lograrlo nunca. Cae en cada recodo, se levanta para empezar de nuevo. Pero el proletario no lo siente. Ni lamenta sus caídas ni se alborozaba con sus levantadas. Le es indiferente. Y por su parte la burguesía procede de igual suerte. Le ve mover sus energías para defender la clase de abajo y no se interesa por nada de lo que dice el escritor reivindicacionista. Un núcleo de gente espectadora grita al escritor que se mezcle en las luchas políticas y sociales. Otro grupo quiere contenerlo en ese que estima inútil empeño. Unos y otros burlan al escritor. Y como un péndulo oscila entre aquel llamado y esta contención. Su drama es no entender ni la hora, ni las luchas. Su drama es el drama del déclassé, del desarraigado. Un día va a luchar por unos y siente al poco tiempo el desengaño, la repulsión. Al día siguiente por los otros y retrocede igualmente asqueado. Retórico o filósofo de gabinete, no es sino la negación de la dramática condición del hombre solitario que se hace fuerte, por la sola voluntad del sacrificio.

La política lo ha tomado como elemento de explotación, temible, al que se debe mantener alejado de toda función, porque el escritor es la pupila que observa, el arma que rasga y ahonda en la mísera realidad. En América no tiene grandes masas a su espalda y por lo tanto no quita ni pone rey. Un escritor en América lucha denodadamente contra el ambiente y el ambiente responde apenas a la sugestión que crea o determina una obra de creación. Ocurre que a veces ni se dan cuenta de la existencia de un escritor.

El drama pues, tiene incontables aspectos. Pero en gran parte ellos han sido alimentados por el propio escritor. Una literatura

*escasa de tónica humana, tiene forzosamente que producir, a la larga, un hastío y una decepción, profundos en el ambiente. El estetismo de que ha adolecido la literatura americana, sin excluir país alguno de este continente, ha provocado esta especie de dispepsia literaria, para la cual no hay sino un solo y potente remedio: la construcción de figuras humanas, el sentido y la fuerza de actos humanos que representen la potencialidad del país con sus dramas verdaderos que hay que sacar del fondo obscuro de la indiferencia y del desdén. Acabar con las lloriqueos y las frías virilidades. No se puede hacer juegos malabares, ni figuras retóricas, ni artificio de imágenes líricas en suspensión en un aire cargado de presagios y de angustias de todo orden, sin hacerse reo de la responsabilidad que tal juego estéril supone.*

## El pueblo chico en la novela chilena

**B**UEN número de años van corridos, desde que los escritores chilenos emigraron hacia el campo. Empezó Federico Gana, y lo siguieron Guillermo Labarca, Baldomero Lillo, Rafael Maluenda, Santiván, Mariano Latorre, Marta Brunet, Manuel Rojas, Ernesto Montenegro, Luis Durand y otros. Se cree, generalmente, que este éxodo se debe a la influencia de las grandes novelas rusas, en las que el mujik predomina. Posiblemente. Y lo curioso es que aquéllos que permanecieron en la urbe—Joaquín Edwards, Alberto Romero, González Vera—se inclinaron, con cierta complacencia, hacia las psicologías de arrabal: «El roto», «La viuda del conventillo», «Vidas mínimas».

Pero la reacción ha tenido que producirse. Parece que ya estamos hartos del personaje de la clase última—del conventillo y del rancho—y que, como las muchedumbres irritadas en los redondeles peninsulares, clamamos por otro toro.

La marea de empalago ha subido hasta los escrito-

res, y aun los más aferrados al criollismo, procuran subir siquiera un peldaño: ahora parece ser la clase media la que está de moda, en reemplazo del manoseado labriego. Pero existiría siempre el horror por las grandes urbes, la necesidad de buscar poblaciones menos densas, con menos complicación y más aire. Se pensaría, más bien, que para no dar un salto demasiado brusco, los novelistas nuestros se han corrido de la campiña al villorrio, y así vemos como tres de las más destacadas novelas, aparecidas en los dos últimos años, eligieron su asiento en el pueblo chico. Me refiero a «El hombre en la montaña», por Edgardo Garrido Merino; «Mercedes Urizar», por Luis Durand; y «Charca en la selva», por Fernando Santiván. Verdad es que Garrido toma como escenario una aldea española de las montañas aragonesas; pero ello no autoriza para colocarlo en casillero distinto; por lo que se ve en Pereda y en otros autores hispanos, la aldea peninsular se parece mucho en su alma a cualquiera de las nuestras. El español será más verboso y jovial, posiblemente más sobrio; pero sus costumbres, su psicología, su manera de vivir en sociedad, permanecen con escasas variantes, en estos sus descendientes de América. Decir que tenemos de los españoles las cualidades y los defectos, es ya una perogrullada. La novela de Garrido añade otra prueba a este aserto. Si damos un lenguaje chileno a las gentes que en ella actúan, Fuenclara representará con una realidad patente, a cualquiera de nuestros caseríos montañoses. El roñoso Sebastián Moliné es planta común en

estos trigos; Lorenzo, el herrador, personifica la tosudez aragonesa, y, no obstante, por acá lo encontramos repetido en muchos ejemplares; Julián, con sus celos exacerbados por la tuberculosis, es pan de estas harinas; y, por último, Agustina, la encantadora ansotana, ¿no es un espécimen de la mujer mesocrática entre nosotros? Además, el autor pone algo de su psicología en sus personajes (¡tal vez nunca logramos escapar de nosotros mismos!): los tiñe en parte con su color, los baña con la luz que su espíritu irradia; de modo que un escritor chileno podrá ubicar la acción en la gran China, y los muñecos a quienes infunda vida, con su soplo creador, tendrán siempre algo de la índole nuestra. ¡Cuánto más si se trata de los españoles, tan próximos parientes!

Pero no sólo en lo de colocar como escenario el pueblo chico, crea un lazo de unión entre estas tres novelas. Coinciden en otros puntos principales. Primeramente, en las tres es un abúlico el protagonista: tanto Andrés Lucena como Mario Casals y Andrés García, obedecen a una voluntad endeble, y si el tercero llega al logro de sus ansias, es debido a la decisión recia de una diestra y singular mujer. Sin duda que en los tres hay diferentes modalidades de la abulia: es Andrés Lucena el tímido reflexivo, un cerebral en quien, el mucho discurrir, no deja paso a la acción; especie de Quijote, construído con una mezcla de bondad y de idealismo, que se deja arrebatarse mansamente a la mujer querida, por un burdo hijo de la montaña. En Mario Casals, anotamos el caso de una abulia adquirida, al del hom-

bre que llega a un pueblo dispuesto a luchar, y que al fin, cae derribado por el ambiente hostil, en esa montaña que reúne a hombres sin Dios ni ley, dispuestos a todo para conquistar la tierra y el peculio; y su atrofia volitiva adquiere caracteres tan graves, que no logra reaccionar ni cuando su mujer lo traiciona a pocos pasos de su lecho de enfermo. El tercero, Andrés García, es el tímido soñador y sentimental, que guarda grandes semejanzas, en su ética, con el Andrés, de Garrido. Pero éste es un cerebral, y también en su indolencia hay una especie de orgullo, en tanto que García no ejerce de hombre superior, ni procura divagar por encima de la vulgaridad que lo rodea. Por eso mismo, tal vez, es el que atrae mayores simpatías. La actitud qui-jotesca de Lucena, al abandonar la amada a su rival, nos asombra porque no es lo común: es un personaje difícil de comprender. Mario Casals sólo puede suscitar la compasión que despierta la víctima inerme, hostigada por bestias feroces. Su muerte tiene los caracteres de un suicidio. García muere también, pero en manos de un despechado contendor, cuando la copa de su felicidad estaba llena. De los tres, es el más humano, el menos contradictorio; estará siempre más cerca de la gran masa de los lectores, que se verán reflejados en él, con sus propias pasiones, con sus propios deseos.

Los protagonistas de Durand y de Santiván llegan a una población que les es extraña; el de Garrido vuelve a los lugares de su niñez, pero esto tampoco establece una diferencia entre ellos, porque Lucena, por su cultu-

ra y su modalidad, es también un forastero entre los que fueron sus coterráneos.

Ahora bien, y es lo principal; ¿qué impresión nos queda del pueblo chico, en estas tres novelas? Es un lugar común creer que cada población pequeña, es como una olla de grillos, tal vez un saco de alacranes. Sería la aldea como la ampliación del conventillo, con sus altercados, su chismografía, su malevolencia, un teatro en que se exhibe la naturaleza humana en toda su podredumbre.

La concepción de Santiván viene a dar base sólida a creencia semejante. Hay un contraste profundo entre la belleza del lago, circundado de bosques, y el pueblo que ha brotado en una de sus orillas. Cada habitante no es sino un maniquí al servicio del propio egoísmo. La simple lucha política se transforma en una guerra despiadada. Allí cayó Mario Casals en la plenitud de sus ilusiones, luchador, activo, generoso, y concluye consumido entre esas llamas voraces. Su mujer, que lo acompaña desde el norte más civilizado, lo pone en ridículo en vez de ser su aliada. En tales condiciones, como una suprema liberación, tiende su cuello dócil a la guadaña de la muerte.

Al revés, Luis Durand contempla a la villa con lentes de color de rosa. Andrés García va tropezando con gentes alegres o melancólicas, pero en todas hay más benignidad que veneno. ¡Y cosa singular! En el infierno de Santiván, sólo brilla una luz: precisamente, una mujer que lleva este nombre, que resulta simbólico; do-

ña Luz, maldiciente y chismosa, que es el único paño de lágrimas para Mario Casals, el perseguido. En cambio, en el cielo de Durand la única nube es la viuda Fernández, con sus murmuraciones corrosivas. Fernando Arlegui, el otro personaje avieso, actúa solo al final.

Edgardo Garrido, por su parte, ha procurado trazar un término medio. En su aldea montañesa se codean gentes de corazón limpio, con otras de obscuras intenciones, dando así una copia más fiel de la vida.

Y, no obstante, no será la novela de Garrido la que más haya de leerse. Hay vigor en sus personajes, emotividad en la acción, pero estas hermosas cualidades suelen perderse entre las galas de un estilo que procura lucirse. Una obra escueta, sin literatura, puede dejar una impresión de desencanto; el exceso de lo mismo corre el riesgo de llevarnos a la hartura. ¡Cuánto más digna de loa habría sido esta novela, con menos fraseología de adorno, sin tanto provincialismo! Y vale repetir aquí, que las novelas perduran más por su fondo que por su forma. Si así no fuera, Balzac, para no citar sino al más célebre, estaría ya sepultado en el olvido. A la inversa, han tenido una existencia corta novelas muy bien escritas. ¿Quién ha leído la de Sainte-Beuve, príncipe de los escritores de Francia? De las firmadas por Barrés, eximio estilista, ya nadie se acuerda. Los Goncourt pasaron a ser curiosidades del pasado. ¡Y cuán poco será lo que reste de la obra copiosa de Anatole France! Pero se leen todavía las novelas de otro

que escribía tan mal, o peor, que Balzac: Stendhal. Es claro que cuando se juntan las dos excelencias, estilo y asunto, se tiene la obra modelo: *Madame Bovary*, verbigracia. Pero no divaguemos: lo esencial es que la abundancia de cenefas, le va a substraer muchos lectores a la novela de Garrido. Muy sensible, porque es acreedora a la difusión más amplia, por la suma de vida, de emoción que hay en ella.

Será la de Durand la que atraiga la mayoría de los sufragios, sobre todo entre las mujeres de mediana y superior cultura. Hay en «*Mercedes Urizar*» una mezcla hábil de lo jovial con lo romántico, el diálogo festivo tras el sentimental, una narración que se desliza como un torrente suave, sin saltos ni lagunas; todo lo preciso para que el lector despreocupado, coja el libro y ya no lo suelte. Podrán decirle tal vez a Durand, que cae en la sensiblería, pero es suficiente con que nunca llegue a lo cursi. ¿Hay quién se burle del romanticismo? Es posible; pero lo romántico asoma siempre su cabeza en el fondo de las almas, como hermano inseparable del ensueño.

Sin duda, aquella en que la acción es más rápida, más vibrante—más vigor y más nervio—es la novela de Santiván. No habrá quien no la lea de un solo impulso. Pero el lector se ha de sentir desolado, con la idea que ha embutido por un camino de alimaña. Menester es convenir, sin embargo, en que se trata de uno de esos villorrios improvisados, al amparo de los viejos bosques; poblaciones formadas en su mayor parte por aventure-

ros, gentes que han ido a luchar contra los elementos falaces, y dispuestos a conquistarse un futuro mejor a fuerza de argucias, de violencia y de audacia. En estas regiones un poco apartadas y nacidas ayer, se hace más brutal el *struggle for life* darwiniano: es ahí donde el *homo sapiens* retrocede a sus instintos de fiera.

El pueblo chico de Durand se halla asentado sobre más sólidos cimientos; allí parece existir un pasado, una tradición. Nadie brega por arrebatarse nada al vecino, la propiedad raíz no entra ni puede entrar en lo contencioso; y esas gentes que llevan una existencia un poco en modorra, acortan sus largos minutos con chismes o alegres comentarios, de modo que el tiro final, que mata al protagonista del libro, adquiere los caracteres de una catástrofe. Y es en ese ambiente de somnolencia y de hastío, en donde se destaca la silueta de una mujer, como una flor vistosa y fragante entre las yerbas humildes.

La aldea montañesa de Garrido nos deja también la impresión de una vida apacible y dichosa, pese a la actuación de uno que otro vecino de conciencia turbia. Y también, como en el romance de Durand, es un soberbio tipo de mujer, Agustina, el que lo ilumina todo con su fulgor de dulzura.

Son estas tres maneras de ver el pueblo chico—el de nuestra raza—por tres temperamentos distintos: el apacible, ecuánime de Garrido; el sentimental, de Durand; el ardiente, apasionado, demoledor, de Santiván.

Y en cuanto al rumbo franco hacia la clase media, que señalan estos libros, no puede ser un mejor augurio. Porque si todos los escritores nuestros, con excepciones rarísimas, pertenecen a la clase media, ¿no habrán de conocer mejor los problemas morales y sentimentales de su clase? Esto nos induce a esperar libros más hondos, de mayor médula y armados de suficiente resistencia contra la acción corrosiva del tiempo que fluye.

Eduardo Ugarte Herrera

## Retrato de Araceli



*Manos de agua, dedo fino de aire de cristal,  
Cogieron gracia perenne construyendo  
Su profunda lenta ojera musical.*

*Cobijada en suavidad o nido, en maravilla y canto,  
Su pupila, en sutiles finas briznas concebida  
Cual gota de rocío o lágrima, en rosa o mejilla sostenida,  
En el surco de música, estrella dócil, permanece y arde.*

*En regazo de cenizas, puras, tenues, dulces,  
De livianas intangibles sombras perfumado, su pupila canta  
Y es gota de tiempos y espejo derramado  
Cuando alegre y distraída se aleja a veces un instante.*

*Y el párpado es ala de mariposa  
Que temblando la llama besa, se desmaya y cae,  
Dulce mejilla de flor que voluptuosa el agua lenta roza.  
Sobre la hoguera musical de prietos mundos y destinos leves  
Manto sutil que toda la dulzura del agua en él contiene.*

*Plúmbea, indecible nota de arpa, diminuto cielo  
Transparente y puro, crepúsculo propicio y mágico,  
Ala dúctil, vuelo tierno, beso de infante distraído  
El pétalo fino que su pupila cubre.*

Y cuando así el divino rostro duerme  
De antigua importancia vegetal acariciado,  
La permanente tranquilidad de lo supremo,  
Lienzo claro de aguas,  
Es una palpitación de luz, amorosa conocida  
También se triza.

Y su rostro, flor corola de lo indecible y puro  
Como botón de nenúfar, cerrado y misterioso,  
En la marea de todos los sueños, a la deriva flota.

## Los progresos de la química moderna y la evolución e importancia de la industria química

«El Directorio de la Universidad de Concepción, preocupado del progreso creciente de su Escuela de Ingeniería Química Industrial acaba de contratar para servir una de sus cátedras más importantes al Dr. Argeo Angiolani.

«Atenea» estima que rinde merecido homenaje al nuevo catedrático al insertar su lección inaugural.

El Dr. Argeo Angiolani, laureado en la Universidad de Bolonia donde fué alumno del gran químico de fama mundial profesor G. Ciamician y del notable físico profesor A. Righi, ha sido profesor libre de la Universidad de Turín. En su patria ha sido consultor de numerosos industriales dedicados a la fabricación de acero, ligas de hierro, etc. y ha actuado como director técnico de industrias derivadas de los fermentos. Durante tres años ha sido también miembro del Comité Metalúrgico Nacional creado por el Gobierno Italiano en 1928 para el estudio de los más importantes problemas de la Metalurgia en Italia.

El Dr. Angiolani es autor de varios libros valiosos como «La Metalurgia del Hierro y del Cobre» y un «Tratado de Química General».

Señoras, señor Rector, distinguidos colegas,  
Estudiantes y señores.



Es para mí un grato placer, hablar en esta primera lección inaugural ante una concurrencia tan selecta como es la que me escucha; por lo cual siento, ante todo, el deber imperioso de agradeceros el honor que con vuestra presencia habéis querido hacerme.

No os oculto que mis palabras serán dichas con cierta emoción: sea porque soy aún demasiado nuevo en vuestro lenguaje, sea porque una reunión como ésta, me recuerda otras reuniones semejantes en esa bella tierra que se extiende al otro lado de los océanos: en mi Italia, que he abandonado para aportar, yo también, mi voluntaria contribución de trabajo, para que la Escuela de Ingeniería Química de la Universidad de Concepción consolide siempre más su importancia, en los intereses de la valorización industrial del país, y en la prosperidad de la economía nacional chilena.

El tema que he elegido: «Los progresos de la química moderna y la evolución e importancia de la industria química», me ha parecido el más adecuado para esta ocasión, pues me ofrece también una oportunidad de exponer mis ideas sobre la enseñanza de la química industrial.

Seré breve y esquemático para no fatigaros, y excusadme anticipadamente si, por razones lingüísticas, no soy tan brillante como es mi anhelo.

Pero antes de dar comienzo a mi conferencia, deseo expresar, desde este sitio, mi más cordial saludo a la hospitalaria tierra de Chile y a su valiente pueblo, tan espiritualmente unido, por la latinidad de sus orígenes, al pueblo italiano.

\* \* \*

Puede decirse que la ciencia química nace a fines del siglo XVIII por obra de Lavoisier, que en esa

época creaba en forma magistral, las bases experimentales sobre las cuales se apoya aún hoy día.

Pero el estudio de la constitución de los cuerpos y de sus transformaciones databa desde muchos siglos antes de Lavoisier, pues fué siempre una gran atracción para los grandes pensadores tratar de explicar los secretos misteriosos de la naturaleza íntima de los cuerpos y de sus posibilidades de transformarse, como lo demuestra la numerosa falange de alquimistas que fueron aquéllos que se ocuparon principalmente de esta clase de problemas.

La alquimia no llegó a ser una ciencia, porque los alquimistas procedieron en sus investigaciones con un empirismo absolutamente arbitrario, sin ningún principio directivo, sin ninguna regla que se basara en una verdad demostrada; esta manera de proceder, aunque existió durante varios siglos, no pudo llegar a conclusiones durables.

Este trabajo eminentemente práctico dió origen, sin embargo, a algunos descubrimientos de utilidad y a varias industrias, pero no pudo crear una verdadera ciencia como la concebimos actualmente sobre la base de los principios expuestos por el gran Galileo Galilei—el célebre astrónomo italiano que vivió en el siglo XVI, fundador del método científico experimental—que aun hoy día aplicamos en nuestras investigaciones sobre los fenómenos naturales.

Este método científico experimental consiste, como se sabe, en dirigir las investigaciones de un modo rigu-

roso y de tal manera que nos pueda conducir al descubrimiento de las leyes naturales eternas; pues solamente éstas pueden promover todo progreso ulterior en la ciencia y en sus aplicaciones.

El concepto galileiano, que guía el devenir de todas las ciencias, fué aplicado tardíamente al estudio de los cuerpos y a las transformaciones permanentes de las cuales son base; y Lavoisier siguiendo esta orientación, debía llegar a descubrir la ley fundamental de la química, que se enuncia diciendo que respecto a los cuerpos: «nada se crea y nada se pierde, pero todo se transforma.»

Tal verdad básica que en un principio se refirió solamente a la materia de los cuerpos, al surgir posteriormente el concepto de energía, se encontró que también era válida en las transformaciones de la energía.

Siguiendo el método instaurado por Lavoisier fueron descubiertas en breve las leyes que regulan las combinaciones químicas entre los cuerpos, y para explicarlas hubo que emitir la teoría atómico-molecular, la cual llegó a ser de la más grande eficacia para el progreso de la química, solamente después que los grandes hombres de ciencia italianos Avogadro y Cannizzaro dieron a ella las bases para hacerla definitiva como es aún hoy día.

Pudo formarse así un concepto exacto de peso atómico y de peso molecular, y se pudieron establecer los pesos atómicos de todos los elementos y los pesos moleculares de todos los compuestos, y dar un claro e impor-

tante significado a las ecuaciones químicas, que representan con sencillez las reacciones que se producen entre los cuerpos.

A continuación, se llegó a individualizar las diferentes clases de especies químicas a que pertenecen todos los compuestos de naturaleza inorgánica y orgánica, y se creyó en esta etapa de la química, haber llegado a poseer la clave para resolver todos los problemas químicos que hubieran podido presentarse.

Esto por el hecho de que hasta entonces, las investigaciones de todos los químicos se habían orientado tomando en consideración solamente la materia de los cuerpos en sus innumerables aspectos, y no el mecanismo de las reacciones químicas que producen las transformaciones de los mismos y que se creía sencillísimo, y no las variaciones de energía que acompañan a estas transformaciones. Esto trajo como consecuencia el convencimiento de que las formaciones de los compuestos químicos dependían únicamente de las proporciones de las sustancias que reaccionaban entre ellas, y de la afinidad recíproca que poseían; sobre esta última las ideas que se tenían eran completamente obscuras, y la afinidad sólo tenía el significado de misteriosa simpatía, y nada más se sabía sobre ella.

Estos eran, en breves palabras, los horizontes de la química teórica en los últimos decenios del siglo pasado.

Pero no debía transcurrir mucho tiempo sin darse cuenta de que estas concepciones, si se mostraban cada día más exactas, eran cada vez más insuficientes.

Cada día eran mayores las pruebas que hacían pensar que en las reacciones químicas debían influir otros factores además de las proporciones de las sustancias y de su recíproca afinidad, porque muchas veces, aun siendo respetadas estas condiciones, las reacciones o no se producían, o se producían incompletamente, o daban origen a compuestos diferentes de los previstos, según como se operase.

Finalmente resaltó con claridad que las formaciones de los compuestos, si bien dependían de la naturaleza química y de las proporciones de los constituyentes que los forman, dependían también de las condiciones en que se trabaja en el momento que se produce la combinación.

Y entonces comenzaron los hombres de ciencia a investigar afanosamente cuáles eran estas condiciones y su manera de actuar, y así se pudieron, poco a poco, descubrir las leyes que regulan la formación y el desenvolverse de las reacciones químicas, y pudo verse que ellas eran importantísimas, sea en el terreno teórico o en el práctico, porque ampliaban de manera insospechada las posibilidades de la química, que desde entonces es dinámica y viviente.

\*\*\*

Los nuevos métodos de estudios de los fenómenos químicos, que tantos frutos debían dar para el progreso de la química científica e industrial, están basados so-

bre criterios físicos convenientemente adaptados, y así pudo crearse una termodinámica química que, en este momento, es la base de todo concepto existente sobre los fenómenos químicos.

Puesto que todos los fenómenos químicos van acompañados siempre de una manifestación de energía en el sistema de los cuerpos que participan en ellos—como ser variaciones de calor o de volumen—se quiso aplicar a estos sistemas químicos los principios y las leyes de la termodinámica, que es la ciencia de la energía, obteniendo un triunfo inesperado.

Las aplicaciones se facilitaron por haberse demostrado que las reacciones químicas eran reversibles, o sea, podían producirse a partir de los componentes iniciales o de los productos finales.

El examen de los fenómenos, hechos a la luz de los criterios mencionados, nos lleva a admitir que cuando una reacción química se produce, se desarrolla simultáneamente en los dos sentidos, el de la formación y el de la descomposición, hasta que se produce un equilibrio entre todos los factores que influyen sobre el sistema, factores que son: la concentración de los cuerpos, la temperatura y la presión.

En el momento en que se alcanza el equilibrio, la reacción se detiene, pero no siempre en el mismo punto, dependiendo esto de las condiciones en el medio ambiente en que se desarrolla la reacción; y las proporciones de las sustancias en equilibrio, resultan por lo

tanto diferentes, según sea la influencia ejercida por las condiciones enunciadas.

Se deduce que si una misma reacción es realizada en diferentes condiciones de ambiente, los productos que se obtienen son diferentes.

He aquí por qué muy a menudo las reacciones no resultan, o resultan incompletas: porque las condiciones en que se ha operado, o no son las convenientes, o no son las más convenientes.

El punto de equilibrio alcanzado en una reacción química puede compararse, en cierto modo, al equilibrio que se obtiene en una balanza: los pesos de una parte y los de la parte opuesta pueden variar entre ciertos límites, pero subsistiendo siempre un equilibrio.

El modo de actuar de los factores que influyen sobre el equilibrio, está regulado por leyes bien definidas, que se conocen actualmente.

Por último, se trató de establecer cuáles eran las condiciones fundamentales para que las reacciones químicas pudiesen verificarse más exactamente; dado que las reacciones son reversibles, se trató de establecer por qué se desarrollaban en cierto sentido y no en el contrario, y se encontró que las reacciones se verificaban siempre en un sentido tal que permitían producir espontáneamente energía utilizable, o sea en el cual tuvieran la capacidad de producir un trabajo positivo.

En lo que se ha dicho se observa luego un paralelismo perfecto con lo que sucede en los fenómenos físicos, como ser el siguiente: supongamos un cuerpo suspendido a

cierta altura, si lo abandonamos a sí mismo cae moviéndose espontáneamente en aquel sentido que produzca un trabajo positivo, o sea de arriba hacia abajo, y no a la inversa.

Toda esta nueva orientación de la ciencia química de los últimos años ha modificado radicalmente los criterios según los cuales deben considerarse los procesos químicos, ya sean utilizados en el laboratorio, o que deban emplearse en la industria.

Fluye de todo esto la importancia capital que ha adquirido el conocimiento del lado energético de las reacciones químicas, o sea el conocimiento de las variaciones de energía de que van siempre acompañadas, y que antes era totalmente descuidado.

No sólo para preveer el sentido de las mismas, sino también por la gran influencia que tales variaciones ejercen sobre la formación del equilibrio. Y esto, debido a que los equilibrios en los sistemas representados por reacciones químicas son regulados, entre otras, por una ley general enunciada por Le Chatelier, la cual se puede expresar de este modo: «Bajo la acción de causas externas todo sistema químico modifica siempre su equilibrio en el sentido de oponerse a esas causas externas».

La variación de energía que acompaña siempre a las reacciones químicas puede manifestarse como producción de calor, y las reacciones en este caso se llaman exotérmicas; o como absorción de calor, y en este caso se llaman endotérmicas.

Se comprende entonces que, por la ley de Le Chatelier, no sea indiferente en la formación del equilibrio provocar una reacción cualquiera, en caliente, a alta temperatura o en frío.

Los efectos serán diferentes según que la reacción sea exotérmica o endotérmica, y pueden ser tales que modifiquen notablemente los resultados que, en la práctica, no representan otra cosa que el rendimiento en los productos que pueden obtenerse de esa reacción.

Así, mientras las reacciones endotérmicas—aquéllas que se producen con absorción de calor—son en este sentido favorecidas por el alza de temperatura, las reacciones exotérmicas—aquéllas que al efectuarse producen calor—son obstaculizadas por las alzas de temperatura.

En este punto es de notar que no se deben confundir los efectos que la temperatura tiene sobre las reacciones químicas en virtud de la ley de Le Chatelier, con otro efecto conocido desde hace mucho tiempo e igualmente debido a las variaciones de la temperatura, el cual acelera el completarse de las reacciones, al aumentar la temperatura y lo retarda cuando la temperatura disminuye.

Este último efecto se produce en todo caso; pero no siempre puede ser útil acelerar una reacción aumentando la temperatura, pues cuando son exotérmicas, se obtiene ciertamente la finalidad de acelerarla, pero se disminuye el rendimiento de los productos que de ella deben resultar; y esto, en la práctica, constituye siempre un daño, especialmente en los procesos industriales.

Los conceptos químicos actuales permiten, sin embargo, resolver el problema de acelerar las reacciones químicas evitando usar los aumentos de temperatura, y esto se consigue empleando la presencia de un catalizador conveniente, siendo los catalizadores substancias que no influyen para nada sobre el equilibrio, no tomando parte en la reacción, y actúan sólo como si fuesen lubricantes encargados de disminuir los roces que las reacciones encuentran al desarrollarse.

Dado este modo de actuar de los catalizadores, es necesario insistir en que ellos sólo pueden favorecer las reacciones entre cuerpos que pueden combinarse, y no toda reacción, concepto que bien aplicado ahorrará muchas experiencias inútiles.

Todo lo que hasta este momento he dicho sobre los nuevos conceptos de la química, basta para hacer comprender cómo es relativamente fácil, teniéndolos en cuenta, llegar a resolver todos los problemas que se presentan en la práctica química, sea en el laboratorio como en la industria; lo que no sucede cuando no se tienen estos conocimientos, en cuyo caso es más difícil, y a menudo imposible, hallar la solución de cualquier problema químico.

Y es que los modernos criterios químicos son, para la labor del químico, como la brújula en la navegación: es inútil una plena eficiencia en todo lo restante si la ruta es equivocada, al puerto no se llegará, o si se llega es por un caso afortunado.

Es evidente, por lo tanto, que la enseñanza de la

química debe ser impartida sobre la base de dichos criterios, sea que tenga como finalidad preparar investigadores que se dediquen exclusivamente a estudiar los problemas químicos bajo el punto de vista de la ciencia por la ciencia, o se trate de formar técnicos que sepan resolver los problemas químicos en lo que se refieren a las aplicaciones industriales.

O sea, no sólo debe consistir en el estudio de los cuerpos considerados independientemente, como se creía antiguamente, sino también y principalmente en el estudio de las leyes generales que regulan el desarrollo de las reacciones entre los cuerpos, y de los criterios que pueden guiar hacia el descubrimiento de nuevas leyes generales, porque solamente éstas determinan los grandes progresos de la ciencia y de sus aplicaciones.

Una mirada a las posibilidades de la industria química actual, en relación con aquéllas que se tenían sólo hace veinte años, nos convencerá inmediatamente.

\*\*\*

La industria química—que comenzó a consolidarse solamente en los primeros años del siglo pasado—ha seguido desde su nacimiento los progresos que la ciencia química iba realizando.

Entre sus primeros grandes éxitos, debe recordarse la fabricación del ácido sulfúrico partiendo desde el azufre, la fabricación de la soda con el método Le Blanc, utilizando la sal marina, y que requería el ácido

sulfúrico como intermediario, siendo el ácido clorhídrico el sub-producto más importante, a partir del cual se obtenía el cloro y los hipocloritos.

Más tarde, hacia la mitad del siglo pasado, surgió el proceso Solvay que tenía por finalidad la fabricación de la soda, usando igualmente la sal marina, pero sin necesitar de la intervención del ácido sulfúrico, el cual fué substituído por el amoníaco y la piedra caliza, método éste que revolucionó la industria de la soda, haciéndola menos compleja y menos costosa, con gran beneficio de las industrias que empleaban la soda como materia prima, y principalmente la del jabón.

Mas, el gran progreso aportado por el método Solvay tuvo graves consecuencias para la industria del ácido sulfúrico—que durante medio siglo había alcanzado un gran desarrollo— dado que la mayor parte de la producción de este ácido era empleado en la preparación de la soda por el método Le Blanc; y el desastre que se creía inevitable fué evitado al surgir, algunos años más tarde, de la industria de los perfosfatos partiendo de las fosforitas, debida a los estudios de Liebig, la cual requería grandes cantidades de ácido sulfúrico.

Otra consecuencia que resultó de la adopción del proceso Solvay, fué el de independizar la industria del cloro y de los hipocloritos, las cuales necesitaban igualmente emplear el ácido sulfúrico en el tratamiento de la sal marina; asimismo el ácido sulfúrico era utilizado en la fabricación del ácido nítrico a partir del nitrato de sodio chileno.

La industria del ácido sulfúrico se consolidó más aún con el auge siempre mayor que experimentaba la industria metalúrgica, la cual, provocando una extensión siempre mayor de la industria del cok, obligaba a usar en cantidades siempre crecientes el ácido sulfúrico para fijar el amoníaco.

Entretanto se había creado y progresaba la industria electroquímica, mediante la cual se podía obtener directamente de la sal marina, el hidrato sódico, o sea la soda, el cloro y los hipocloritos.

Todo estos fueron los progresos más notables en la industria química inorgánica.

Los avances realizados en este campo de la industria química consistieron, más que nada, en perfeccionamientos técnicos, y no fueron debidos a innovaciones esenciales de los procesos químicos usados como base de las fabricaciones.

Un mayor progreso en este sentido se obtuvo en el campo de la industria química orgánica, después que poco antes del fin del siglo pasado, se pudo industrializar los procedimientos de síntesis de numerosos productos, especialmente materias colorantes, como consecuencia, por una parte, debido al gran progreso alcanzado por la química orgánica, y de otra parte a la abundancia de materias primas—alquitrán de carbón de piedra—que la industria del cok y la del gas de alumbrado ponían a disposición.

La realización de la industria de las materias colorantes originaba como consecuencia una nueva serie de

industrias que debían utilizar los productos intermedios y los subproductos que se obtenían como residuos en las complejas elaboraciones a que conducía la obtención de los productos principales, los más importantes de los cuales son: los productos farmacéuticos, los explosivos y los perfumes sintéticos.

Aunque la industria química orgánica representase en la práctica una realización de los verdaderos progresos de la ciencia química, no constituía aún la innovación radical en los procesos de preparación de los productos, como fué posible hacerlo después de la aplicación integral de los nuevos conceptos de la química.

Esta innovación se inició en el primer decenio de este siglo, solucionando del modo más simple el problema de la fijación del nitrógeno atmosférico para preparar productos nitrogenados, destinados a reemplazar el nitrato de sodio chileno; problema que se comenzó a estudiar ante el temor que, dado el enorme consumo de este producto como fertilizante y para la preparación del ácido nítrico, se agotase en pocos años la fuente de donde se obtenía.

Entrtando sobrevino el período de la Guerra Mundial, que tuvo mucha influencia sobre la industria química, estimulando, en grado máximo, la fabricación de los más variados productos que, en las especiales condiciones creadas por la guerra, forzosamente habían de fabricarse utilizando las materias primas que se tenían a disposición, y no aquéllas tradicionalmente necesarias. Y la química durante este período alcanzó a rea-

lizar verdaderos milagros en la industria, y como nunca se pudo probar que solamente guiada por la ciencia puede la industria alcanzar los más grandes progresos.

La postguerra y este último decenio debían confirmar que una nueva época había nacido para la industria química.

En efecto, si se examina cuáles eran las posibilidades de progreso de la industria química a fines del siglo pasado; época que se encontraba bajo el dominio de conceptos químicos incompletos, y aquéllos que se tienen actualmente, se observa de inmediato una gran diferencia. Porque entonces debíase partir del concepto que en la preparación de cualquier producto no se podía intervenir en modo alguno, excepto la acción de mezclar las sustancias que debían servir para obtenerlo, en la forma más conveniente, y esto constituía una gran limitación en el campo de las posibilidades industriales.

Si dos sustancias, aun teniendo la composición conveniente para dar origen a cierto producto, puestas en contacto no reaccionaban entre ellas, era inútil insistir, había que rendirse ante la imposibilidad evidente de utilizarlas para ese fin.

Citaremos el caso del nitrógeno atmosférico que era considerado como un elemento inerte, por lo tanto era inútil pensar en combinarlo con el hidrógeno para obtener el amoníaco directamente de los dos elementos; las experiencias confirmaban estas ideas.

Pero las experiencias no tenían éxito, porque no conociéndose aún las leyes que regulan el complejo me-

canismo del desenvolvimiento de las reacciones químicas, no era posible colocarse en las condiciones requeridas para que la reacción entre el nitrógeno y el hidrógeno diese resultado. Conocidas estas leyes y adecuadamente aplicadas, se pudo encontrar el camino exacto para llegar a la solución del problema, y así pudo surgir la gran y modernísima industria del amoníaco sintético, que ha significado la tranquilidad perpetua para la agricultura intensiva de cada país del mundo, en lo que se refiere a los abonos nitrogenados, porque para su fabricación se utilizan dos materias primas inagotables, el nitrógeno del aire y el hidrógeno del agua.

He aquí por qué la industria química de hoy día se encuentra en condiciones infinitamente superiores a aquéllas de hace sólo veinte años, porque el conocimiento y la aplicación de las leyes que rigen la formación y el desarrollo de las reacciones químicas, permite encontrar las condiciones en las cuales se debe operar para realizar todas las síntesis teóricamente posibles. Las posibilidades de la industria química, debido a esto, se han ensanchado ilimitadamente, pudiéndose en la actualidad utilizar como materias primas fundamentales para obtener una infinidad de productos, muchas de aquéllas substancias que no lo eran, como ser el óxido de carbono, el hidrógeno y el nitrógeno, para citar sólo los más importantes, y que antes no figuraban para nada entre las materias primas de la industria química.

El óxido de carbono tiene su fuente en el carbón; el

hidrógeno tiene su fuente en el agua; y el nitrógeno en el aire

Por lo que se ha dicho, se puede deducir que si la química del siglo pasado hizo decir al gran químico Berthelot, muerto en el año 1907, que esta ciencia, nacida apenas cien años, había contribuído más que ninguna otra a transformar la industria y a dar a la raza humana, su siempre creciente poderío sobre la naturaleza, cuánto más se podrá decir en un porvenir, más o menos próximo, de la química de este siglo.

Ya desde ahora las benéficas influencias de la ciencia química actual son innumerables y grandiosas, basta pensar que si todas las industrias han podido realizar en estos últimos años los mayores progresos, se debe, principalmente, al hecho de que ella ha podido poner a disposición de cada fabricación industrial todos los materiales necesarios y los más apropiados.

Gracias a esto ha podido progresar la industria mecánica, porque la química ha hecho posible extraer en abundancia los metales de los minerales y crear una numerosa serie de aleaciones metálicas resistentes y livianas.

Asimismo han podido progresar las industrias automovilísticas y aereonáuticas, porque además de preparar para ellas la aleaciones metálicas convenientes, les ha procurado los carburantes, los lubricantes, la goma elástica, los barnices celulósicos y cualquier otro producto accesorio.

El arte arquitectónico también se ha desarrollado

notablemente, pues la química moderna, además de haber hecho posible la fabricación del cemento, modificando convenientemente los otros materiales de construcción, haciéndolos más eficientes.

Han podido progresar las industrias textiles porque ha dado a conocer como deben ser tratadas las fibras textiles, las ha creado artificiales, ha provisto, para su tratamiento, los blanqueantes más adecuados, los detergentes y los jabones más eficaces, los colorantes más bellos y delicados.

Y lo mismo ha hecho en todas las otras industrias: en los productos alimenticios, en los productos farmacéuticos, en los productos para la defensa nacional, y en fin para la agricultura, que debe toda su prosperidad actual, esencialmente a la química.

Efectivamente, individualizando las numerosas relaciones entre las plantas y los terrenos agrarios, y preparando los abonos artificiales, ella ha permitido el aumento de producción en los cultivos, y el resurgimiento del cultivo intensivo, que representa la salvación de las naciones de gran densidad de población,

Con mucha razón se puede entonces afirmar que los fundamentales problemas de la vida de los hombres y de las naciones, son hoy día problemas químicos, porque la química es la única ciencia capaz de emular la naturaleza, por su capacidad de crear productos nuevos y hacer más abundantes aquéllos, necesarios conjuntamente con la utilización sabia de cualquiera substancia

que se encuentra sobre la superficie de la tierra, en el subsuelo, en el agua y en el aire.

Es indudable, que los países que como Chile tienen la fortuna de poseer abundantes materias primas que utilizar, y vastos territorios que fertilizan, son predestinados a la más grande prosperidad, con la única condición de que sepan disfrutar—por medio de la química industrial, de la química metalúrgica, y de la química agraria—esas grandes riquezas, las únicas verdaderamente capaces de producir la independencia económica de las naciones, y el bienestar de los pueblos.

## Canción de la bien casada

(Siglo XVIII)



*La casa de tejas  
cercada de tapia,  
amplios aposentos,  
despensa abastada,  
paredes cubiertas  
y alfombra de entrada...*

*¡Ay, hija, qué gusto  
verte bien casada..!*

*De piedras preciosas  
colmadas las arcas;  
en cajas y cofres  
barras de oro y plata  
y en las heredades  
caballos y vacas...*

*¡Ay, hija, qué gusto  
verte bien casada..!*

*Jubones de seda  
verde y encarnada,  
sayas de espumilla  
con galón de plata*

y pañuelos finos  
de clarín con guarda...  
¡Ay, hija, qué gusto  
verte bien casada..!

Guardada de esclavos,  
servida de esclavas,  
te custodian negras,  
te visten mulatas...  
Con lujo te acuestas,  
con él te levantas...  
¡Ay, hija, qué gusto  
verte bien casada..!

En cama con cielo  
gozas y descansas;  
almohadas con funda,  
sábanas labradas...  
Camisa de encajes,  
cuerpo de bretaña,  
mangas de cambray,  
cabezón de randas...  
¡Ay, hija, qué gusto  
verte bien casada..!

Si la vida es dura  
cuando el oro falta,  
vida sin amores  
el oro no ablanda;  
que oro sin amores  
no sirve de nada.  
Muchos bienes tengo;  
bien de amor me falta...  
¡Ay, madre, qué pena  
verme bien casada..!

## “Konga - a - tama - rangi”

(Leyenda moarí de la creación del mundo)

El relato que transcribimos fué tomado de la conversación de un isleño. Hemos subrayado en el texto aquellas partes en que habla directamente, refiriéndose a lo que sus antepasados contaban. Se ha conservado el estilo original hasta donde ha sido posible, intercalando las palabras indispensables.—(C. Ch .O.)



Al principio sólo existían Rangi y Papa (el Cielo y la Tierra).

Ellos procrearon hombres y seres que pueblan el universo.

Los padres de nuestros padres referían a sus hijos:

«Rangi y Papa crearon todo lo que nos rodea. Eran los únicos que vivían entonces...»

Estaban unidos por la Obscuridad y el Silencio.

Los descendientes de Rangi y Papa aumentaron hasta el extremo de sentirse, lo que produjo la curiosidad de conocerse, pero con las Tinieblas era imposible.

¿Habéis escuchado que los ancianos dicen:

«La Oscuridad existió en la primera época de la Historia, hasta la décima, hasta centésima y milésima...?»

La «Proto-historia» de nuestro pueblo se denomina Pó, que significa «Noche Eterna», nada, etc.

La tradición asegura que la Oscuridad reinó mucho tiempo en el mundo.

Los seres creados por Rangi y Papa, cansados de las Tinieblas, deliberaron. La leyenda cuenta que dijeron:

«¿Qué podríamos hacer con Rangi y Papa? ¿Convendría matarlos? ¿Sería preferible separarlos?»

Tu-matau-enga, el más valiente de los hijos de Rangi y Papa, habló y dijo:

«¡Asesinémoslos!»

Tane-Mahuta, creador de los bosques y seres que los habitan, habló y dijo:

«¡No! Es preferible separarlos. Coloquemos a Rangi sobre la cabeza y Papa a los pies. Rangi será desde ahora un extraño para nosotros, pero nos quedaremos con Papa, de otro modo no tendríamos quien nos alimentase».

Cinco hermanos aprobaron la separación y solo uno se opuso: Tau-Hiri-Matea, creador de los vientos y tempestades que, temeroso por la osadía de los hijos de Rangi y Papa que destruiría sus dominios, luchó inútilmente por convencerlos que desistieran.

El acontecimiento histórico de la deliberación de nuestros progenitores, lo ha perpetuado la tradición, y muchas plegarias de los ancianos contienen las palabras de súplica de los hijos de Rangi y Papa a sus padres: «Obscuridad... obscuridad... luz luz... caos... caos».

«La multitud... los tiempos aquellos...»

Sin duda llaman «multitud» a los seres descendientes de los hijos de Rangi y Papa, y «los tiempos aquellos», al vasto período de la historia que deliberaron antes de separarlos, en la época en que los hombres aun no poblaban el mundo.

Rongo-Matane, creador de los alimentos cultivados, fué el primero que se arriesgó en la empresa, pero fracasó.

Tanga-Roa, creador de los seres marinos, pretendió imitar a su hermano, pero su éxito fué negativo también.

En seguida, Hau-Maia-Tiki-Tiki, creador de los frutos silvestres, no logró nada.

Le tocó el turno a Tu-Matau-Enga, creador de los hombres valientes, que tuvo idéntica muerte que los anteriores.

Quedaba Tane-Mahuta—creador de bosques, pájaros e insectos—último de los partidarios de la separación. Se levantó lentamente; tomó a Rangi y Papa entre sus brazos, y trató de realizar su deseo. Al comprender que su esfuerzo era estéril, cambió la táctica:

apoyó la cabeza en Papa y levantó con los pies a Rangi, recogió sus miembros con energía y los estiró...

Así fué separado Rangi de Papa; en medio de infinitos gritos de dolor y protesta que prorrumpieron los partidarios de dejarlos unidos. El espacio se llenó de lamentos como estos:

«¿Por qué cometéis el crimen de separar a nuestros padres?»

Pero Tane-Mahuta era insensible y no escuchaba el clamor.

Los ancianos refieren:

«Fué el empuje de Tane-Mahuta el que logró aislar la luz de las tinieblas», al separar a Rangi de Papa».

Gracias a Tane-Mahuta los seres pudieron conocerse y admirar la belleza de la vida. Pero Tau-Hiri-Matea, creador de vientos y tempestades, no se conformó con el nuevo estado de las cosas, y juró vengar la ofensa a Rangi y Papa. Acompañó a su padre a las ilimitadas regiones, que por agradecimiento, le cedió para siempre.

Tau-Hiri-Matea, el enemigo implacable de los seres que poblaron la tierra, secundado por Rangi y los vientos del Norte, Sur, Este y Oeste, declaró la guerra sin cuartel. La ira que tuvo el día de la separación de sus padres produjo: los fuertes Remolinos; los potentes Huracanes, las téticas Nubes Negras, anunciadoras de tempestad y las sangrientas Nubes Rojas, presagios de temblores y terremotos.

El autor de la separación había sido Tane-Mahuta, por eso dirigió primero contra él su venganza. Fué a buscarle a sus dominios, en los Bosques. El aliento de la boca del irritado hermano, arrancó desde la rama más débil, hasta las selvas impenetrables. Y Tane-Mahuta fué aniquilado por Tau-Hiri-Matea.

Tangaroa y Punga habían tenido dos hijos: Ika-tere, creador de los peces, y Tute-Uehi-Uehi o Tute-Uana-Uana, creador de los crustáceos. Cuando vieron que Tau-Hiri-Matea vencía a Tane-Mahuta, se reunieron y deliberaron para defenderse de su inevitable ataque.

Tute-Uehi-Uehi y sus descendientes propusieron:

« Huyamos a las costas ».

Pero los hijos de Ika-Tere pedían:

« Sumérjámonos en el fondo del mar ».

Se formaron dos grandes grupos, agregándose disidentes de Tute-Uehi-Uehi a los de Ika-Tere, y viceversa.

El bando de Tute-Uehi-Uehi, o sea de los crustáceos, huyó a esconderse en las rocas de las playas; y el de Tangaroa, Punga e Ika-Tere, se hundió en el océano.

Nuestros antepasados llamaron a este acontecimiento histórico:

« La división de los seres marinos por causa de Tau-Hiri-Matea ».

Los ancianos lo narran con estas palabras:

Ika-Tere, creador de las especies que habitan el mar, gritó a Tute-Uehi-Uehi:

«¡Eh! Huyamos hacia las profundidades del océano».

Pero Tute-Uehi-Uehi contestó:

«¡No! Mejor refugiémonos en la costa».

Por este desacuerdo, Ika-Tere maldijo al hermano Tute-Uehi-Uehi:

«Si te escondes en las rocas, tu destino y el de todas tus generaciones, será servir de alimento. Te guisarán, chamuscando tus conchas sobre puñados de helechos encendidos».

Y Tute-Uehi-Uehi contestó con otra maldición:

«Si te hundes en las profundidades marinas para asegurar tu existencia, tu destino y el de los tuyos, será caer en redes, cestos o anzuelos, traidoramente cebados; y servir de alimento, después de tostarte en el fuego, para mejorar el sabor».

Las especies se separaron. Los descendientes de Ika-Tere huyeron hacia el fondo del mar, y los de Tute-Uehi-Uehi, buscaron escondites en las piedras de las playas. A estos últimos, Tane-Mahuta, creador de los bosques, pájaros e insectos, les dió su protección y con ello se granjeó la enemistad irreconciliable con Tangaroa.

La rivalidad de Tane-Mahuta y Tangaroa se acrecentó cuando el primero facilitó materiales a los descendientes de Tu-Matau-Enga, para que construyeran

canoas, arpones y anzuelos, con cuyos objetos hostilizaron a los descendientes leales del creador de los seres marinos.

Tangaroa vengó a su hijos leales, haciendo naufragar las embarcaciones y sumergiendo a los tripulantes en los abismos inexcrutables de sus dominios. Así pagaron los descendientes de Tu-Matau-Enga su tributo a esa divinidad.

A Tane-Mahuta le atacó con un terrible Diluvio, donde perecieron millares de seres y la parte más hermosa de los territorios fué tragada para siempre. Esta catástrofe, que la leyenda recuerda con horror, no ha sido suficiente para saciar la venganza de Tangaroa y en repetidas circunstancias, en nuestra historia, con sus fantásticas olas ha barrido selvas y playas, tomando prisioneros a los hijos desleales que en tiempos remotos le abandonaron.

Los ancianos siempre suplican a los dioses que los libren de la furia vengativa de Tangaroa, y les ofrecen sacrificios para tenerlos gratos.

Papa (la Tierra), salvó a dos hermanos Rongo-Matane y Hau-Maia-Tiki-Tiki, de la persecución de Tau-Hiri-Matea; ocultándolos en sus entrañas, sitio seguro e inexpugnable hasta donde nunca ha logrado llegar el creador de los vientos y tempestades.

Cuenta la tradición que Tau-Hiri-Matea trató de vengarse de Tu-Matau-Enga, creador de los hombres valientes, pero tuvo que desistirse porque nunca logró dominarlo.

¿Qué precauciones tomó Tu-Matau-Enga para derrotar a Tau-Hiri-Matea? ¿Qué armas empleó? La astucia e inteligencia con que ideó la separación de Rangi y Papa le sirvieron contra Tau-Hiri-Matea.

La venganza de Tau-Hiri-Matea dejó a Tane-Mahuta aniquilado; a Tangaroa y los descendientes de Ika-Tere sumergidos en el mar, y a los descendientes de Tute-Uehi-Uehi, escondidos en las rocas de las playas; a Rongo-Matane, y Hau Maia-Tiki-Tiki, ocultos en las entrañas de Papa. El único que no fué vencido y pudo vivir a su antojo fué Tu-Matau-Enga y sus descendientes.

Pero Tu-Matau-Enga al luchar contra Tau-Hiri-Matea no recibió ayuda de los otros hermanos, aquellos que antes habían colaborado en la separación de Rangi y Papa. Esta deslealtad de sus cómplices llevó a Tu-Matau-Enga a declararles la guerra a muerte.

(A propósito de Muerte es oportuno decir que antes no existía, y sólo vino a tener poder sobre el género humano, cuando nacieron los hijos Taranga y Makea-Tu-Tara: Maui-Roto, Maui-Pae, Maui-Uaho y Maui-Tiki-Tiki-Otaranga. Este último semidió, trató de engañar a Hine-Nui-Te-Pó (la Noche Eterna), pero fué descubierto por la divinidad que se vengó haciendo que el género humano y todos los seres en general, desde ese instante, fuesen mortales. Si Maui no hubiese engañado a Hine-Nui-Te-Pó, nadie habría muerto, ni envejecido).

Tu-Matau-Enga observó que los descendientes de

Tane-Mahuta crecían y se multiplicaban con mayor rapidez que sus hijos y calculando que no estaría lejano el momento en que habrían de enfrentarse las generaciones, donde serían más numerosas las de Tane-Mahuta y podrían vencer a las de Tu-Matau-Enga, recogió las hojas del árbol mágico Ua-Nake-Nake. Preparó un filtro especial que vertió en las raíces de cada uno de los descendientes de su hermano, que desde ese instante no pudieron cambiar de sitio en el resto de su vida.

Para vengarse de Tangaroa, fabricó redes y cestos con fibras de lino, recogió a millares peces y crustáceos que chamuscó en grandes fogatas, cumpliéndose las profecías de las maldiciones de Ika-Tere y Tute-Uehi-Uehi.

Las hojas que sobresalían en la tierra, le dieron la ubicación de los hermanos Rongo-Matane y Hau-Maia-Tiki-Tiki. Con un arado y un gran canasto tejido de fibras, después de escarbar obtuvo una excelente cosecha de ellos, lo que le permitió saborear raíces y tubérculos exquisitos. El sol completó la venganza, marchitando las partes restantes de las plantas.

A Tau-Hiri-Matea lo encadenó en las velas de las embarcaciones y le obligó a impulsarlas, llevando sus descendientes de una a otra parte del mundo.

He aquí el motivo que tuvo Tu-Matau-Enga para devorar y explotar a sus hermanos, y por qué sus descendientes lo hacemos.

Cada nombre de Tu-Matau-Enga simboliza una

victoria: Tuka-Riri, Tuka-Nguha, Tuka-Taua, Tua-Haka-Heke-Tangata, Tu-Matau-Aha-Iti, y el suyo propio, Tu-Matau-Enga.

Tu-Matau-Enga enseñó a los hombres la forma de aprovechar a los descendientes de sus hermanos, y a los Jefes (Ariki) les dió encantamientos para conseguir, siempre, la abundancia de ellos.

La fórmula mágica para los descendientes de Tane-Mahuta la llamó Tane:

para los de Tangaroa, Tangaroa;  
para Rongo-Matane, Rongo-Matane;  
y para Hau-Maia-Tiki-Tiki, Hau-Maia.

Con estas palabras se deben encabezar las súplicas y oraciones.

También Tu-Matau-Enga enseñó fórmulas secretas, conocidas sólo por los magos, que sirven para evitar las tempestades y calmar los huracanes; y proporcionó el poder mágico que según las épocas y circunstancias de la vida, pueden servir para atraer buenos espíritus a los recién nacidos, y espantar los malos que provocan las enfermedades.

Los ancianos explican el significado de los nombres de los hijos de Rangi y Papa por:

Tangaroa, espíritu de los seres marinos, divinidad del mar y sus elementos;

Rongo-Matane, espíritu de los vegetales cultivables, divinidad de la agri-

cultura y todas las formas del trabajo de la tierra;

Hau-Maia-Tiki-Tiki, espíritu de la raíz del helecho, divinidad de los frutos silvestres;

Tane-Mahuta, espíritu del bosque, los pájaros y los insectos; divinidad de todo lo que emerge de la tierra;

Tau-Hiri-Matea, espíritu del viento, de las tormentas y los huracanes, divinidad del espacio;

Y Tu-Matau-Enga; espíritu del género humano, divinidad-origen del hombre.

Los primeros seres engendrados por Rangi y Papa no se parecieron a los hombres, salvo Tu-Matau-Enga, a cuya semejanza se hicieron: Po, Ao, Kore, Kimi, Hanga, Rumuku, y las generaciones de Nga-Nui, Uhiro-Tetupua, y Tiki-Ta-Uito-Ariki, hasta llegar a las de nuestros días. Son tantas las generaciones descendientes de Tu-Matau-Enga que los ancianos apenas recuerdan algunas, entre ellas la de Maui-Taha y sus hermanos Maui-Roto, Maui-Uaho, Maui-Pae y Maui-Tiki-Tiki o Taranga, cuyas aventuras referiremos en otra narración.

Han transcurrido millares de siglos, pero el afecto que unió a Rangi y Papa no se extingue. Por el contrario, todos los amaneceres, Papa irradia un suave calor que viene desde el corazón de la tierra; sale a los valles y asciende por las montañas hasta Rangi. El

cielo retribuye la emoción de su amada humedeciéndola con sus lágrimas imperceptibles. Los hombres ignorantes de la tradición llaman Niebla y Rocío, al medio que se valen la Tierra y Cielo para añorar las noches infinitas del pasado, en el génesis de la humanidad, cuando ambos eran los únicos en las Tinieblas y el Silencio . . .

## El Zarco

— **P**UCHAS el hombre bien reagrio . . .

—¿Cuál?

—Ese don Zarco . . .

—¿Ha visto que está bien equivocao . . . ?

¡Si nues ná hombre . . . ! Son las trazas no más, porque es mujer, es viua y manija al utual . . .

Los caballos salían de una colcha de palos, pisando con tiento. Nosotros les habíamos botado las riendas sobre la cabeza del avío, para no incomodarlos, pero íbamos tan sensibles al peligro del camino, que los nobles brutos parecían conectarnos la zozobra.

—Suelte, pero afirmelé, mire que un tastabillón de la bestia lo puee disparar de caeza . . .

Recogí un poco la rienda. Las pezuñas golpeteaban la palería como en un piano y cuando se desprendían de la huella blanducha, hacían ruidos de ventosas. Luego vino un retazo de buen camino, oreado, endurecido. Los caballos se guiñaron con alegría, irguiendo las cabezas, remeciendo los belfos y coscojeando la herrería de los frenos.

—Vaya con el zarco, comuera mujer...

—Toa la vía...

—Nos quea montón de tarde y el camino va mermando.

—Tranqueaores finos los mancos, ipsh!

—Oiga, don: ganémonos a ese reparo y me cuenta lo del zarco.

—¡Qué me demoro, pues...!

Pie a tierra, desaflojamos las cinchas, desenfrenamos y amarramos las bestias a un macalito orillero.

—¿Usted conoce a los mentaos Otárolas?

—Creo que sí... ¿Tal vez uno grande que estaba en la feria pasá?

—El mismo. Por ey viene la cola del cuento... El zarco, llamémoslo así, ya que usted lo bautizó, es holandesa y se llama Berta, con un apelativo tiritonazo y que hay que mentarlo a juerza de erutos... Debe andar pisando los cincuenta cantores... Al padre, que era colono, le tocó una posesión en la faja cuarta, y como el hombre era trabajaor y tuvo suerte, jué prosperando, hasta que juntó sus quinientas hectáreas, despaldas y enjutitas... La finá e su mujer no se despegaba de la crianza, y naiden hacía mejor mantequilla y quesos q'ella. Tuvieron dos hijos: el hombrecito, que nació calambriento y murió de unas fiebres y el «zarco», una chicuela que era una pintura e bonita. Blanca como leche, rosaíta la cara como un arrebol y los ojos celestos... El padre murió prendío a la mancera y la madre, encima de la cuajá... Eran como fierro pal tra-

bajo . . . «El Zarco» queó sola, como de unos 18 años; estaba embarnecía la coltra, durita, de rajála con l'uña y arrogantaza p'andar, parecía mesmamente un pidén. . . El mocerío de la región empezó a borneále el ojo, a dejarse caer a l'hijuela para buscále la réi a este coirón de amor. . . Pero contra ná, porque el zarco era tiesazo de lomo. . . Hubo hasta peleas por ella, y a puñal. . . Por este mismo camino se las manijaba, galopando en güen caballo, a lo puro hombre. Nunca le faltaba un revólver y un rebenque trenzao. La muerte de los padres no le mermó las ganancias, porque se trajo unos colonos pobres y siguió al frente de sus crianzas y diun cuantuay. . . Corrían en la vecindá q'ella iba al pueblo toos los sábados a depositar plata al banco. Galopiaba y galopiaba de ida y se golvía lo mismo, en un resuello, sin parar la bestia, que llegaba tapaíta de suor. . . Y debe haber tenío sus veinte años, cuando le pasó el suceso. . . Yo era guaina tuavía; pero llegué a escarbar cuando supe lo que le pasó a la gringuita tan alentá. . . tan relinda pa la perra suerte. . . ¿Conoce usted a la hija de don Zamorano? Mejor q'ésa. . . Y ésa es linda de toa lindura, ¿nuescierto?

Mi amigo carraspeó hondo y mordiéndolo el fiador del sombrero se quedó un rato silencioso, apenado tal vez, por el recuerdo que iba a desenterrar. Yo trataba de reconstruir la cara del «zarco», con esos rasgos duros, de mandíbulas filudas, de ojos grises, de boca apretada, como si los labios incoloros fueran la cicatriz de una vieja puñalada. La piel tostada, bronceína, como

espigas remaduras de rastrojo y unos pelos alborotados sobre la frente cejijunta, apeñuscada de preocupaciones, reveses, malquerencias y pependencias insatisfechas.

Un hombre rojo, con ojos grises de aluminio frío.

Era muy difícil reconstruir el pasado de ese hombre estropeado, cernido, de pecho ancho sin eminencias y vestido con ropa de diablo-fuerte.

Pero, cerrando los ojos, busqué en la memoria la carita plácida de la hija de Zamorano y la acomodé para corporizar la descripción del amigo, porque del zarco sólo podía vislumbrar un trasunto de hibridez machuna.

Y así, uniendo la imagen de la muchachita Zamorano, logré darle un ápice de belleza a ese hombrón esquivo, que había partido por un cruce de caminos, atornillado en la montura y veloz como una saeta...

—Era invierno, oiga... Taba este camino enjabonao y caa huella carretera era un canal. Los gualves se habían salío p'ajuera y los esteros rebalsaban pa toítos laos... No se podía galopiar sin riesgo... Al puro tranco y al aguaito... Esa jué la condenación de la pobre... Un día sábado iba p'al pueblo, cuando a la güelta de ese camino que ella enderezó áura, le salieron cinco... Ella se tiró a matar al medio, pero el caballo se le encuadriló y la mandó e culito al barro... pa su fataliá...! La enlazarón los muy maricones, pero ella les menió las cinco balas; les mató un caballo y a uno de los saltiaores le dió plomo en un brazo... Entonces, por la vía, la llevaron p'al bosque y ey la amarraron. La gringuita los escupía, los mordía, les corría

patás, pero contraná... Los niñazos se repartieron una confusión de billetes y mandaron buscar un cántaro de vino y un naipe y se jugaron a la gringuita al monte... El ganaor partiría a l'oración y los perdidosos se queaban ey, con las cinchas cortás, pa que no fueran a estorbar al premiao... Dicen que se la sacó un tal Polilla, con un 7 de copa... El tal era un cuatrero amalditao y muy fierazo p'al cuchillo... Convenio, la echó amarrá al anca y se jué cortando caminos, hasta que se encontró con el mayor de los Otárolas, que venía tranqueando detrás de unos bueyes feriaos... ¡Ey jué lo güeno...! Otárola matrerao, unque estaba enfureció, divisó al Polilla y le vió el atao colgao al anca, que no era borrega por lo delgá ni laucho di harina por lo largo... Y comuel Polilla era pájaro e cuentas, Otárola le enfiló el pingo y lo palabrió de consentimiento... Es q'ey se engalló el Polilla y le remangó un pencazo, y en la güelta del caballo se salió un pie del gangocho retobao... Se trenzaron a lo que q'es penca y Otárola le mandó con la argolla en la nuca y el Polilla queó boquiando el avemaría... Otárola pescó el caballo del jaquimón y después de haber tirao al Polilla aentrito del cerco, las galopió a la traviesa... En un reparito comueste desató el retobo y se encontró con la gringuita... Iba amordazá... Dicen que se jué comuhacha a besálo y le prometió matrimonio, por lo arriesgoso... Pero, después encontraron al Polilla, medio comío por los perros, y averiguaciones van y vienen, dieron con que Otárola lo había desnucado del pencazo... Lo mandaron

10 años a la cárcel; pero, por poderes y plata que gastó la gringuita, le conmutaron la pena y cuando salió libre se casaron... Otárola nuera rico, pero tenía un bien pasar, unque con el matrimonio parece que se ensoberbeció y olvidó lo que antes había sío... Comuel común e los cristianos, ¿nuescierto? Pa la maire que los parió en pelotas nuay lisonja, porque esta vía es aventura pa ilante, que p'atrás quea too borrao... Sólo el güey, que ha sío toro, se acuerda p'atrás... Oiga, mire, sería más mejor que juéramos caminando, que con la largura del cuento se nos van arrancando las luces... Así llegamos al río antes del escurana y podimos enfilar diavivio el vao...

Enfrenamos, apretamos las cinchas y otra vez al tranco; más ágiles los caballos con el descanso, pero siempre con la cabeza agachada, buscando las huellas, tentando con los ojos antes de colocar la pezuña.

—Ese Otárola, que encontramos en la feria, es hermano menor del otro... del finao de la gringuita...

—Bien plantao el mozo...

—Pero el finao era más vistoso, más valiente y tenía el caráuter de pluma... Las mujeres se lo peliaban; las dejaba con la boca abierta como volaor de luces; con timás quera muy desprendió pa la plata... A una prima hermana mía, que l'hizo un niño, le regaló una yunta de bueyes, una vaca paría y una carreta cruíta. Dicen que daba un pañuelo e sea por un beso... Hay que ver quera voltario... Yo tenía qué hacer con el jardín de chamantos que se ponía, con las botas calzón relum-

brantes de platería y con respuntes coloretiaños... Usaba unas fajas de siete metros de largo y dos manos de ancho... Se acomodaba común dije y por eso las chucuelas le decían al pasar: «Dios te guarde», y «vení pa abrazáte», y «quién juéra faja, chamanto y sombrerito lacho encima de esa crespéria retinta»... Si ley de decir verdá, nunca jué más compensá una mujer tan linda con un hombre tan bien pareció...

—Lo ques hoy, Otárola sería la niña y «el zarco» la mujer, porquella está muy fierá...

—Los sufrires, don... Una pena juerte mata... En una noche se pintan las canas; en dos noches se enjuta el corazón, y a la tercera le chifla la pelá en los güesos...

—No se me esté espavilando... ¿Y qué le pasó a Otárola?

—Yastá dicho que era, pa los amoríos, mandao hacer sobre media y pal crapicho de toas las hijunas... Ey tuvo su perdición... La gringuita le salió mostrenca... ¡Por ese lao es menos mujer! Pero el indino se largó a meter basa en toítas partes, y nuavía casa en que no salieran Otárolas, Otárolas y Otárolas... Patentes a la pinta del padre... Ella nuera celosa y lo dejaba hacer, siempre que respetara la casa... Cinco años durarían en ese juego... ¿Qué más pu?... No puée hacer más, porque yo tenía unas medias con mi compadre Nicéforo y lo vide muchas veces en el camino. A la atardecía, después de arreglase, picaba el gallo pa sus correrías. Dicen que golvía tardaza la noche, o cuando se rompía el filo e luna con esos cerros del frente...

Pero una noche, llegó temprano... Estaban toos recogidos en las casas, y sintieron al caballo que se paraba al lao del correor... El bruto patiaba, patiaba, como llamando... Y Otárola no se bajaba, hasta que la gringuita le pegó el gritón diaentro: «¿Qui hubo, m'hijo...?» Naiden le contestó... Entonces ella destrancó la puerta p' ayudálo, creyendo que se había propasao en el vino... ¡Ave María lo que vido...! Otárola estaba amarraíto con el lazo, desde las arcioneras trezás en las piernas hasta la caeza, sujeta al pescuezo de la bestia, y los brazos le colgaban pa ilante .. Era una compasión de barro y sangre... Muertecito venía, cosío a puñalás... L'hizo harto luto al finao la gringuita... Encerrá en su casa lloraba toíto el día, y ofreció un premio pa los que pillaran a los saltiaores... Pero s'hicieron humo... Parece que se jueron pa l'Argentina... Y un día apareció vestía de hombre con las ropas del finao; se cortó el pelo al rape y nuera ni sombra de la lindura que había sío... Mecón que se puso fieraza pa mirar, asoslayá, turbios los ojos... Daba miedo véla tan desaparecía de mujer... Siempre sola, renegando y ejándose morir, curtiéndose con el viento y el sol, endurecía de sentires. Pasaron los años y no queó ni un rastro e la gringuita... Como si se la hubieran comío los pájaros... Naiden golvió a mencionar al finao Otárola, unque dijeron que lo habían sentenciao por la «dita» del Polilla. Después empezaron a mermurar d'ella... Muertos que aparecían en los caminos, males impuestos y una tracalá de cuentos, que dejaban sin dormir a los vecinos de la faja cuarta. Lo

cierto jué q'el zarco priendió fama de vengativo... Y aquella preciosura e mujer se golvió ese hombrón azaroso, feo común diablo y más agrio quel palque... La voz—ya la oyó usted—parece una regoltura de vino y tabaco. Esa cicatriz que tiene entre las cejas, jué una corná de un novillo cáita... Y pa los combos, no habiendo otra mano más tremenda, si cuando pega parece que lo hiciera con el ojo del hacha... Algunos llegan a ecir que tiene pauto con el diablo, pa haber desapareció la mujer y dar compostura a ese hombronazo tan amalditao...

El hombre seguía platicando, chispeante la imaginación, como si la referencia de su cuento, que había empezado de mala gana, le hubiera ido calentando el seso.

Pero, como sus observaciones ya iban repitiéndose y el interés del relato se desmayaba en tanta puerilidad o en tanta filosofía minúscula, le interrumpí bruscamente:

—¿Y pa qué se ha vestío de hombre la hijuna...?

—Ese es otro cuento...

—Yo he conocio mujeres, con refajos bien apretinaos, tan valientes como el hombre de más bragueta...

—Asiserá, pero la gringuita se vistió de hombre pa vivir con la hermana de Otárola... La tiene muy acomodá en su casa, y ella le dice don, y «el zarco» le ice m'hijita linda...

Y el cuentista se ahoga con una carcajada formidable, y es tan retozona su risa, que los ojos se le colman de lágrimas...

—¡Güena cosa e zarco diablo...! Que haya gusto

pa too, ¿nuescierto?. Hasta pa pasar la pena de un finao hay compostura en la vida...

—Bonita su historia...

—¿Bonita no más?... La purita verdá, don...

Yo me encogí de hombros y afirmé las riendas, y partimos, galopando para descontar el tiempo perdido en oír ese cuento del zarco...

Me lo contó un caminante cualquiera, que se aparejó conmigo a la salida de la aldea y se despidió con un manotón amistoso, como si nos hubiéramos conocido toda la vida...

Mañana me encontraré con otro caminante anónimo, que me pedirá fuego para su cigarrillo y me contará la historia del hombre que me habló tan largamente de ese fiero «zarco», que fué en su mocedad la mujer más encantadora de la región.

## SEÑALES

Venizelos

□ Para los aficionados a logomaquias, este pequeño juego silogístico aparecido en un semanario francés, explica la cuestión griega con la mayor claridad posible: «Venizelos ha dicho: Todos los cretenses son embusteros; es así que Venizelos es cretense, luego Venizelos ha mentido diciendo que los cretenses son embusteros. Luego los cretenses no son embusteros; es así que Venizelos es cretense, luego no ha mentido diciendo que los cretenses son embusteros: por tanto, los cretenses son embusteros; es así que Venizelos es de Creta, luego»... Más enrevesado, y a un mismo tiempo, tan lógico como este encadenamiento, es el problema de la Grecia actual.

Hoy, cuando las políticas nacionales y aun las otras, giran más alrededor de los hombres que de los programas, de los actos que de las teorías, la política griega lleva una porción de años dando vueltas en torno a ese viejo inquieto y juvenil, fuerte a pesar de sus canas, caracterizado—también un signo de hoy, la caracterización—por un gorro, mezcla de cocinero militar, doctor universitario, frigio al revés, cubretesta de anciano que tiene miedo al frío: Eleuterios Venizelos. Son famosos sus tornátiles giros, sus idas y venidas. Pero nadie podría negar que en esta volubilidad hay un fuerte sentido de las circunstancias, un gran conocimiento de la realidad. Venizelos nació en Creta el 1864. Antes de tener un papel preponderante en la política, había dirigido dos revoluciones: la de 1896 y la de 1904. Pero

estas dos se redujeron a los límites salados de su isla natal. En 1908, diputado ya en el congreso de Atenas, su actividad salió de la isla para entrar en la península. De poco le sirvió, porque Creta era entonces dominio turco y el joven diputado apenas tuvo algo que hacer a la sombra del Partenón. (Suponiendo que el Partenón le da sombra a toda la ciudad, según quieren algunos viajeros). Precisamente por llegar de un país sometido a Turquía, Venizelos se erigió en jefe del movimiento panhelénico y su popularidad creció tan rápida e intensamente, que el rey Jorge le llamó para que organizara ministerio. Durante este gobierno, Grecia ganó la guerra balcánica. Sucede a Jorge el buen infeliz de Constantino y el joven rey se indispone con Eleuterios. Este huye de Atenas, organiza un levantamiento en Salónica, consigue que Grecia entre en la Guerra a favor de los aliados, y da el golpe definitivo a la monarquía; porque Constantino sale, rabo entre piernas, de la nación. Venizelos exige, puesto en helenista furibundo, más de lo que le pueden—o le quieren—dar sus compañeros de victoria. Y no contento, inicia una serie de caminos para extender la dominación griega en Anatolia. Sale del gobierno, derrotado en las elecciones, pero sus caminos comenzados tienen que ser seguidos por sus sucesores en el poder. Y así se empieza la invasión de Esmirna, sin contar con Kemal Bajá, que arrolla al ejército heleno y quita del Asia Menor la última huella de esos pintorescos zuecos de los *euzonos*, soldados, como los escoceses, con faldillas breves y pantorrillas al aire, pero llenos de bravura. La derrota de Esmirna es atribuida a Venizelos. Su popularidad sufre un colapso casi mortecino. Se firma la paz, y el propio Eleuterios acepta condiciones que le agobian. Sube al gobierno en 1924. Baja de él en 1928. Sube de nuevo el 1929. Vuelve a bajar el año 32. Y mientras, rodeado de pequeñas venganzas, de traicioncillas, de cambios de camisa, en sus antes más fieles partidarios. Plastiras, Condylis y Pangalos, tres militares, comienzan a llevar el poder y en alternativas más o menos esperadas, disputan sobre frases. Estamos también,

indudablemente, en la época de las frases o de las palabras: proletario, libertad, gobierno fuerte, democracia, humanitarismo, etc. Con estas palabras, como tantos otros, juegan Plastiras, Pangalos y Condylis para ir alternándose en el poder. Venizelos se harta, sobre todo cuando ve que su labor va a ser deshecha hasta los más ocultos cimientos. Y organiza en Creta una revolución—la reciente—que le sale mal, obligándole a una huída, que a lo mejor no es la definitiva a pesar de los años que lleva encima el sagaz caudillo.

En este punto, hay que volver a la logomaquia del principio: porque no se sabe todavía si Venizelos ha hecho esta revolución para ir contra los monárquicos que avanzan cada día más sobre el gobierno, o precisamente para lo contrario: para imponer de golpe la monarquía. El matrimonio del Duque de Kent con la princesa Marina tiene algo más que esa dulce novela de amor que todos los ingleses y muchas extranjeras (en femenino), han devorado unos meses ha. Para deducir el problema griego, hoy por hoy, no queda otro remedio que raciocinar con todo el escolasticismo posible, sobre aquello de: «Venizelos ha dicho que los cretenses son unos embusteros... etc.».

Panait Istrati

□ A los cincuenta y un años ha muerto. Había nacido en Braila, (Rumania), de una campesina y un contrabandista. Hasta los veinte años anda errante, cambiando de oficio, vagabundeando por los Balkanes, Turquía, Egipto, Siria, Italia... Es carpintero, blanqueador, pintor de anuncios, calderero, mozo de cuerda; aprende varios idiomas y, sobre todos, el francés, que llega a dominar a la perfección. Un día le manda sus obras a Romain Rolland, que descubre en él un Gorki balcán y le ofrece su protección decidida, porque ve al genio en rebeldía, al escritor fogoso, fuerte, apasionado y profundo.

Su obra se centra en «Los relatos de Adriano Zograff».

Estos comprenden: «Kyra Kiralina», (1925); «El Tío Angheel», (1925); «Presentación de los Haiducs», (1925); «Donmintza de Snagov», (1926). Posteriormente, la «Infancia de Adriano Zograff», comprende «Codine» y la «Adolescencia de Adriano Zograff», «Mikhail», ambos de 1926. En colaboración con Josué Jehuda, publica en 1927, «La Familia Perlmutter». Después, «Nerrantsula», «Mis partidas» y «Hacia otra llama». Su última obra, rotulada «El Lago Salado», continúa los relatos de Zograff, coloca su acción en la juventud de éste, junto a Braila, desarrollando unas aventuras amorosas entre varios muchachos y muchachas, terminando por un arreglo que hace Mikhail con su amante: «Tu existencia es tierna, con ese viejo. Por mi parte, yo no tengo qué comer.—le dice a Josefina, ligada por conveniencias con un anciano—. Está bien: vamos a hacer un cambio. Tú me aseguras el pan y yo te daré un poco de esa felicidad que te falta». Y después de esta proposición, un tanto atribulado, vase a preguntar a Zograff: «No crees tú que el negocio que yo le propongo a Josefina, es más humano que los que mi padre proponía a sus colonos?»... —«Sí. Más humano»—responde Zograff. «—Y quizás más honesto; verdad?»... «—Así lo creo», asegura Adriano». Bueno. Esto me basta, concluye Mikhail y se va a dormir.

Este «Lago Salado» es un desgaje del «Mediterráneo-Levante», que constituye el tercer volumen de la vida de Adriano y que por su orden temporal es incluible, quizás, en la época posterior a la adolescencia. Adriano—vale decir, con igualdad, Panait Istrati—decide, en 1906, abandonar Rumania, su patria, para buscar fortuna en Egipto. En el barco, conoce a un viejo judío, Mussa, que se dirige hacia El Cairo para buscar y traerse consigo a una hija suya, explotada por un vividor que la llevó años antes allá y que la utiliza como medio de procurarse ganancias. Encuentran a esta mujer y a su compañero, tipo interesante en su desvergüenza. Pero como la muchacha no está dispuesta a hacer caso a su padre de primera intención y éste necesita una

labor de convicción para atraérsela, pasan muchos días en que Mussa y Zograff tienen que vivir de lo que se presente, mal que mal. Y ésto da origen a una serie de aventuras, líos, relaciones con rufianes, ladrones, empresarios canallas y engañifadires de profesión, todo ello metido en un ambiente pintoresco, lleno de color y de vida, que Adriano pinta a las mil maravillas, dando a cada página una honda calidad humana. Los paisajes y las ciudades completan descriptivamente el interés de esta obra: Alejandría, El Cairo, Damasco, Beyrouth.

Su literatura era desigual, pero siempre poseída de una gran fuerza descriptiva y de una trabazón tensa en los lances y los caracteres. La variedad de los escenarios, lo esotérico y extraño de la vida que describía, le valieron un interés aumentado cada vez que una nueva obra salía bajo su nombre. Desde «Kyra Kyralina», donde los pasajes de vida real tenían una fuerza avasalladora; pasando por la «Presentación de los Haiducs» donde el desfile de tipos diferentes, narrando sus aventuras en medios parecidos, si no idénticos, demostraba una capacidad de multiplicación psicológica extraordinaria. A veces, incurría en detalles pueriles, buscaba resortes sentimentales, situándose un tanto en ambientes de retórica rebuscada, efectista. Así, «Mikhail», en muchas páginas. Pero esto quedaba anulado bajo la red bien trabada de los lances y los personajes que se acumulaban en las narraciones, llenas de color y vívidas hasta el destello.

Comunista fué hasta que un viaje a Rusia le dió motivos para publicar «El Asunto Roussakov, o la U. R. S. S. de hoy», alegato violento contra ciertas palpables injusticias y desigualdades que no pudo aguantar su violenta sed de justicia y humanidad. Publicado en «La Nouvelle Revue Francaise», el caso Roussakov tuvo una trascendencia notable, dando origen a comentarios de Brice-Parain, Benda y otros escritores, constituyendo un golpe violento para ciertas presunciones y apartando

a Istrati de toda relación con el comunismo. Desde aquí derivó, no como se ha dicho hacia un nacional-socialismo burgués, (sus últimas obras demuestran que no hay nada de eso), pero sí hacia una rebeldía menos encajada en programas determinados, anticomunista, alejada del marxismo, pero llena de una violencia que, a pesar de algunos coqueteos con el nacionalismo y el orden, dejaba una impresión anárquica, descontenta y de lucha contra lo establecido.

Las variaciones de ideología no prueban nada contra este hombre, porque su sinceridad reluce por encima de ellas, aunque siempre se le haya echado en cara esa tornatilidad como signo de inconsistencia. Por encima de todo, Panait Istrati quedará como una de las grandes figuras literarias de nuestro tiempo y su vida, como una de las más movidas, interesantes y violentamente humanas que se conocen en un novelista.

#### Disputa junto a Gide

□ ¿Quién se atrevería a criticar las variaciones anticomunistas de Panait Istrati, sin hacer lo propio, en desmedro, con las variaciones en sentido opuesto del autor de «La Porte Étroite»?... El que señala, que es capaz de creer sincera la evolución del primero, también lo es de aceptar como tal la del segundo. Acerca de cual de los dos esté más próximo en ideas a su modo de pensar, no tiene que decidirlo en estos párrafos expositivos. André Gide, es, sin duda, reconocido por sus más feroces adversarios, uno de los primeros entre los actuales escritores franceses. Para un zascandil que le llame «homme abominable», hay un Mauriac, un Fernández, un Suares y veinte más, que, frente a Gide en numerosas ocasiones, no pueden dejar de reconocer que pertenece a una categoría difícil de alcanzar en el pensamiento.

Estaba Mauriac recientemente en casa de una admiradora suya, que le había invitado para que le conocieran algunos amigos de ella y después de un gran silencio, uno de los clérigos pre-

sentés en la reunión (eran cinco), se le acercó y le dijo: —En fin, ¿hay algún problema moral, Monsieur Mauriac, que os interese y apasione más que los otros y sobre el que tendría usted gusto en hablar ante un auditorio?... Y ante la gran sorpresa de los eclesiásticos, el autor de «Therese Desqueyroux» contestó con su sinceridad ingenua: —Sí. El problema espiritual de André Gide.

Aunque no por Mauriac expresa y solamente, el problema Gide ha sido disputado, analizado y puesto en controversia, en un salón de la calle Visconti, por la sociedad denominada «Unión pour la Verité». Ante un numeroso público, entre el que se destacaban Mauriac, Massis, Guehenno, Daniel Halevy, Ramón Fernández, Jacques, Maritain, Gabriel Marcel, René Guillouin, Thierry Maulnier y el propio André Gide, que había decidido asistir sin tomar parte en los debates, comenzó la discusión y la polémica. Se disputó acerca de la obra de Gide y de sus influencias, en un tono sin asperezas ni violencias, exceptuando una intervención de Daniel Halevy, que fué corregida rápidamente por Francois Mauriac, en un tono conciliador y respetuoso. Maritain y Mauriac fueron los que, tras una larga cuestión en la que Massis se mostró duro y particularista, testificaron su admiración hacia Gide, su diferencia radical con las ideas de éste, pero la atención constante y profunda que les merecía la manifestación intelectual del autor de tanta obra valiosa y suscitador de tanto problema interesante.

Admitir todas las teorías de Gide es demasiado, porque este autor, valiéndose de su innegable gran talento, adopta muy frecuentemente posturas o situaciones, perfectamente admisibles para él y de difícil duda en cuanto a sinceridad, pero incapaces de producir un convencimiento ni de ser aceptadas a rajatabla. Empero tales situaciones, la obra entera de Gide está llena de problemas novísimos, de sugerencias valiosas y, sobre todo, de una profundidad analítica de los resortes de la inteligencia y el sentimiento, que sería ridículo negarla de una manera radical y

despectiva. La sala de la calle Visconti ha demostrado una vez más el alto espíritu intelectual de los grandes franceses.

### Las cartas de Rilke

□ Entresacadas de una edición alemana, más completa, han sido publicadas en francés las cartas de Rainer M. Rilke, escritas entre 1900 y 1911. Para el que conozca la obra de este autor europeo (checo de nacimiento, pero viajero por todas las naciones de Europa y asimilador de culturas diversas, que le dan el título de europeo), desde los sugestivos y profundos «Cuadernos de Malte Laurids Brigge», hasta el «Libro de Horas», estas cartas no pueden menos de presentar un interés copioso. Empieza esta edición con unas páginas del diario íntimo de Rilke, escrito en Worpswede, donde permaneció después de su viaje a Rusia, en 1900 y donde conoció a Clara Westhoff, con quien se casaría al año siguiente. Desde aquí Rilke se traslada a París para conocer a Rodin, del cual un editor le había encargado una monografía. El conocimiento de Rodin es de importancia decisiva en la vida y en la obra de Rainer, porque, al decir de una parte de este epistolario, todas las desorientaciones y nebulosidades que le agobiaban, las encuentra hechas materia, piedra dura y expresión viviente, en las estatuas de Rodin. Después, un año más tarde, Rilke parte de París, viaja por el norte de Europa y se escribe durante largos meses con Lou Salomé, que fué, por un día, novia de Nietzsche. Muchas de las cartas más interesantes de este repertorio están dirigidas a esta mujer. Otras cartas, desde 1904 en adelante, van dirigidas a Rodin, a Cézanne, a Clara Westhoff. En 1910 publica sus «Cuadernos» y este libro le deja agotado. La última carta que figura en esta colección es para Lou Salomé y en ella, refiriéndose a su reciente libro, Rilke manifiesta: «Este libro me ha dejado como un ser que se sobrevive, perplejo; y en lo más profundo de mi corazón, un vacío para siempre de todo propósito y designio».

## Cinema

- Una película excelentemente mala. Ridícula hasta el reír a carcajadas, por su mal gusto, por su invención, por su pamplinosería amatoria: «Cleopatra». La casa productora puede estar orgullosa de este engendro de perfecta cursilería. Ni los trajes intencionadamente seductores de Claudette Colbert pueden salir de este conjunto de barraca. Mucho gasto, mucha decoración y, al final de todo, una ridiculez espantosa.
- Más vale dejar de mano ésto, para considerar una buena película recientemente estrenada. Quizás hay en ella algún momento de truco sentimental. Quizás sea un desacierto la elección de Raúl Roulien para un papel que no le pega. Pero fuera de esto, «Paz en la Tierra» es un film impresionante, lleno de humanidad, sencillo en su mayoría de componentes. E interpretado con justeza por Madeleine Carroll y Franchot Tone.
- «El poderoso Barnum» es una cinta divertida, donde lleva el peso la socarrona gracia de Wallace Beery. La historia, bastante movida, graciosa, a ratos de una vitalidad estruendosa, no tiene sino algún detalle demasiado chusco que linda con la bufonería. El desarrollo general de esta película deja una impresión agradable y simpática.
- Débil, con trucos baratos, con la sola calidad a favor de la presencia en la pantalla de Kay Francis y Leslie Howard, es «Agente Británico». Pesada aunque bien dirigida y de fotografía excelente: «El pequeño ministro»; no permita el cielo que los yanquis echen a perder a Katherine Hepburn!... Por lo pronto, ya no es la misma de sus primeros estrenos.

## Abril

Alguien dió, en mala hora, en contar las edades por abriles. Por encima de todo el designio primaveral que en este procedimiento había, triunfó la calidad pseudopoética de la frase y ésta se popularizó con desprestigio de tan respetable mes como este de las grandes lluvias a la otra banda, de las primeras rachas de frío en estas tierras. Nadie tenía, hace años, en los libros, veinte eneros ni dieciocho junios, sino tantos abriles.

La cosa no es para desperdiciarla. Quien cuenta por abriles tiene un sello de juventud, quiera que no la Señora Naturaleza. Los ciento y tantos años que contó el célebre turco Zaro Aga, contados de esta manera le transformaban en un mozalbete canoso. Ciento dieciséis abriles. Y un prestigio de flores recién abiertas y de pámpanos frescos se colocaba en derredor del centenario.

Para Jeremías Falk y Willem de Gheyn, calendaristas del siglo XVII, el mes de Abril, bajo el signo de Tauro, era la alegoría del Oído. ¿Por qué? Vaya usted a saberlo. Para Louis Laffite, autor de almanaques ilustrados en el Siglo XVIII, Abril era Floreal, sencillamente:

Sitot que Flore, en sa magnificence,  
promet dans ses présents des trésors aux humains,  
on aime a voir le candeur, l'innocence  
que la jeune beauté couronne de ses mains.

¿Y qué nos resta, entonces, para el sabroso Junio, para el tranquilo Agosto, para el decisivo Diciembre?... Otras cosas, las que se presenten a tiempo. Abril es el mes de la juventud. Los tapices-calendarios de Van Lestailleur, por excepción, nos lo muestran como el mes de la caza. ¿No habrá una ironía, posiblemente, en esta diversidad?...—JOAN DE SELVAS.

# LOS LIBROS

LUIS DAVID CRUZ Y LA CHICA DEL CRILLÓN

(Carta literaria)

Concepción, 2 de marzo de 1935.

Sr. Joaquín Edwards Bello.

*Santiago.*

Estimado amigo: Acabo de terminar la grata lectura de «La Chica del Crillón», y aunque mi opinión ha perdido, por ley natural, toda posible significación en el terreno de la crítica literaria, que ya no practico como antes, no resisto al deseo de manifestársela porque me complace poder aplaudir lo que estimo de valer. Por otra parte, todavía siento, de vez en cuando la tentación de discutir asuntos literarios; y hoy he cedido a esa inclinación empujado, tal vez, por esa nobleza que hay—según los entendidos—en defender a una dama, sobre todo cuando es tan simpática e inteligente como Teresa Iturrigorriaga. Aunque sea, pues, en privado quiero discurrir un poco acerca de la justeza o de la falsedad de los cargos que se han formulado a su «Chica».

Hay una discrepancia fundamental, y muy alarmante para mí, entre la forma como veo a la protagonista de su última obra y aquélla en que la ven personas que tienen en la literatura nacional una situación tan espectable como Raúl Silva Castro. Indudablemente, el fenómeno se debe a que he perdido

el sentido de lo que deben ser las creaciones artísticas o de lo que deben ser los críticos que las enfrentan. Probablemente se deba, también, a mi cambio de situación, puesto que ahora no soy yo sino un lector cualquiera que, en un fin de semana, se da el placer de descansar su espíritu a la sombra de un libro.

Pues bien, ese simple lector—o para muchos, ese lector simple—encuentra que los rasgos de carácter que se reprochan a Teresa Iturrigorriaga constituyen precisamente lo que diferencia a esa chica del Crillón de las chicas de otras partes. Supongo que Ud. no habrá querido pintarnos a una señorita con desarrollados sentimientos de maternidad, de noble amor filial, de apego al hogar y otras hermosas virtudes femeninas, tanto más bellas cuanto más escasas y remotas. Es claro que si Ud. se hubiera propuesto este fin y para ello nos hubiera ofrecido como prototipo a Teresa, podría hacérsele un justificado reproche. Pero nada hay en su libro que haga sospechar siquiera una intención semejante. Por lo contrario, parece que Ud. se ha propuesto únicamente hacernos el retrato de una chica de nuestro tiempo que, en el Crillón o en otra parte, se dedica a llevar una vida de inútil frivolidad, alimentándose de cocktails y de vanidades. En tal caso, no es justo hacer a Ud. cargo alguno, porque la chica que se elige como tipo representativo del grupo resulta no tener las mismas condiciones morales que se exigen—por ejemplo—para ingresar a la Asociación de San Vicente de Paul,

Pero advierto que me voy internando en el asunto con una excesiva libertad de método, lo que aun en una carta puede constituir un obstáculo a la necesaria claridad del asunto. Permítame, pues, que me interrumpa para comenzar, como se dice vulgarmente, por el principio. Pues bien, comenzando por ahí, la primera objeción que contiene la crítica a que me refiero, y que afecta a la obra en general, dice relación a que «La Chica del Crillón» «no puede ser considerada como la suma

y compendio del estado social de Chile o, por lo menos, de Santiago».

Desde luego, entiendo que la expresión «estado social de Chile» no podrá tomarse en su sentido natural que comprende un complejísimo cuadro de fenómenos íntimamente relacionados unos a otros en el orden intelectual, moral, económico, etc., como también los mecanismos y resortes que aseguran el funcionamiento del organismo social respectivo. No creo que en este sentido haya obra alguna que puede ser llamada, con entera justicia, «suma y compendio del estado social». Posiblemente, y hablando en general, todo el conjunto de obras de un autor, o mejor aun, el conjunto de obras de varios escritores de una misma época podrá constituir, en ciertos casos, «una suma y compendio del estado social» de un país en un momento determinado de su historia. Me parece, pues, que la expresión antedicha, a pesar de su aspecto general, debe tomarse en un sentido muy restringido, pues de no ser así se tendría una objeción demasiado fácil de desvirtuar. Pero aun, entendiendo esa expresión en un sentido muy restringido, hasta hacer coincidir «estado social de Chile o de Santiago» con la vida, o con un aspecto de la vida de la alta clase social, tampoco en este caso la objeción referida puede ir en desmedro del mérito de su obra. En efecto, su libro quiere mostrarnos un tipo de muchacha creado por las costumbres modernas en las clases llamadas aristocráticas. En tales circunstancias, decir que su libro no es «suma y compendio del estado social» significa constatar solamente que el tipo «Chica del Crillón» y su medio social no pueden ser considerados como representativos del «estado social de Chile o de Santiago». No podrá hallarse en todo el libro suyo ninguna observación, comentario o antecedente que permita creer que Ud. ha pretendido reflejar en «La Chica» el estado social de Chile. Lo que se ve es, en cambio, que Ud. ha querido sintetizar en su personaje las nuevas modalidades de la juventud, o de una parte de la juventud feme-

nina aristocrática. La cuestión reside, entonces, en establecer si Teresa Iturrigorriaga representa o no el mundo social «crilliano».

Leo también en el estudio crítico de Silva Castro, que «La Chica» es «un conjunto de inverosimilitudes bastante crecido». Se toca aquí, como Ud. ve, un punto muy discutido dentro del campo de la creación estética, a saber, qué debe entenderse por verosimilitud en el arte. A mi entender, el autor es libre para crear sus personajes con las características que quiera y la verosimilitud sólo puede referirse a que el personaje una vez creado se conduzca lógicamente dentro de las líneas fundamentales de su ser moral e intelectual. Sería inverosímil, por ejemplo, que un personaje al que se ha atribuido un carácter ascético o de grande y efectiva rigidez moral, se condujera como un vicioso o se comprometiera voluntariamente en manejos inmorales o dudosos. Así la verosimilitud en Don Quijote consiste sólo en que actúe de acuerdo con el género de extravío mental que le atribuyó el autor.

Ahora bien, sin entrar todavía en los detalles, Teresa Iturrigorriaga no hace en la novela cosa alguna que desmienta los rasgos esenciales de su carácter; y no se advierten en él otras variaciones que las que puede presentar, sin mengua de su entereza, el carácter de cualquier persona. No se puede exigir que un individuo de natural bondadoso y tranquilo no llegue a encolerizarse jamás. Seguramente, nadie considerará que Cristo perdió su carácter de bondad y caridad porque arrojó violentamente a los mercaderes del templo. El espíritu de Teresa Iturrigorriaga está dominado por dos sentimientos que son fundamentales: el deseo de riqueza y la vanidad de figurar. Todos los episodios de su historia están marcados con el color que les da esta preeminencia afectiva. Es perfectamente lógico, que una persona cuya vida está polarizada hacia estos dos sentimientos, no atribuya sino una importancia reducida a otros sentimientos, como ser el amor al hogar, el amor filial. En la

misma novela hay otro personaje—Ismenia—cuya vida afectiva está dominada por un sentimiento de amor hacia el padre de Teresa. Siguiendo su dirección sentimental, Ismenia no hace caso de exterioridades ni del dinero y se desprende fácilmente de todo esto en homenaje a su amor, o al recuerdo de su amor. Nadie podrá extrañarse de su conducta. ¿Qué razón hay, por lo tanto, para encontrar extraño que otra persona, Teresa, lo sacrifique todo a sus sentimientos fundamentales?

Tenga todavía un poco de paciencia, y acompáñeme a internarme en este pequeño bosque de reparos en los que, según la crítica, se mostraría la inverosimilitud de su creación literaria. No será difícil darse cuenta que esas objeciones que pueden impresionar por su abundancia pierden su fuerza en cuanto se las analiza más de cerca. Aun a riesgo de resultarle fatigoso, voy a referirme a cada una de estas objeciones en particular, porque una vez entrado en el asunto, hay que examinarlo por todos lados. Una de las primeras inverosimilitudes que se anotan, consiste en «el extremo de miseria de la familia Iturrigorriaga y el que Teresa pueda sostener durante varios años una situación completamente falsa». Para que esta pobreza fuera inverosímil, debería estar en pugna con otros antecedentes de la novela. Pero no sólo no está en pugna con ellos sino en el más perfecto acuerdo. En efecto, explican lógicamente esa pobreza: la pérdida de la fortuna por negocios desgraciados, la incapacidad del señor Iturrigorriaga, por su carácter altanero y orgulloso, para aceptar una situación de dependencia, sus inclinaciones a la vida disipada, y finalmente su propia enfermedad. Además, el Sr. Iturrigorriaga no era agradable a sus parientes y estos no se distinguían por su generosidad, todo lo cual hace claramente explicable la situación. Lo inverosímil sería que con todos esos antecedentes, el Sr. Iturrigorriaga tuviera una situación mejor que la que tenía. En cuanto a la posibilidad de que Teresa mantuviera una situación falsa durante varios años, no parece tampoco inverosímil. La vida de fingimiento y de

simulación que se hace en la alta clase social, abre grandes posibilidades. Seguramente, en el grupo de Teresa, no era ella la única que disimulaba su verdadera situación. La prensa mundial revela casi diariamente, o con gran frecuencia, casos increíbles de situaciones totalmente falsas mantenidas con éxito en el gran mundo, por personas que simulan títulos de nobleza y fortunas inexistentes. Teresa no tenía que conquistar una situación, sino que le bastaba conservar las apariencias, protegida por una especie de presunción derivada de su situación anterior. Más difícil era la situación de la familia Cepeda, que debía simular cultura y buenos modales. Por otra parte, tampoco es rigurosamente exacto que Teresa conservara su situación en sociedad. Luchaba por conservarla, pero no obstante la iba perdiendo poco a poco; y hasta las propias señoritas Cepeda comenzaban a mirarle un poco en menos, como lo revela el desagradable incidente que le provocaron en su casa. Posiblemente, a no mediar la reconstrucción económica que le procuró la generosidad de Ismenia, habría concluído por perder definitivamente su situación.

Se estima también inverosímil «el aislamiento en que se hallaba la chica», abandonada por sus parientes y hasta por sus relaciones. El abandono por parte de sus parientes, resulta de sobra justificado con la tacañería de éstos. El de sus relaciones es también perfectamente lógico, porque en un medio social completamente materializado la preocupación principal es el dinero y es natural, que la atención de las gentes, así como va hacia los que tienen fortuna, se aleje de los que no la tienen. Nadie facilita dinero, sino a los ricos que son los únicos que, si quieren, pueden hasta devolverlo.

Es también verosímil «el género de actividades a que se dedica la muchacha», que no quiere emplearse, «lo que sale de la psicología femenina y entra de lleno en la masculina» y hace que no se la pueda aceptar, como la mujer de «cabal feminidad que pretende darnos el autor». Si Teresa tiene un carác-

ter independiente, cosa en que todos estarán de acuerdo, es natural que esta independencia se manifieste en su deseo de mantenerse libre de la servidumbre de un empleo que le va a imponer mil trabas y sujeciones. Ahora bien, que este rasgo de independencia entre en el campo de la psicología masculina no significa un defecto de la construcción psicológica del personaje. Sólo significará en las chicas del Crillón se internan en el campo de la psicología masculina, fuera de que se internan también en muchas otras partes donde tal vez sería mejor que no se internaran. Finalmente, si Ud. ha querido darnos en Teresa un tipo de «cabal feminidad, entiendo que será de la cabal feminidad crilloniana», la que, por lo que se ve, es distinta del tipo de feminidad que se produce en otras partes. Si la feminidad de la «Chica del Crillón» fuera exactamente igual a la feminidad corriente habría que hacer de nuevo toda la novela y suprimir en el título el complemento «del Crillón».

También sería inverosímil «la donación de doña Ismenia, no porque una mujer de su clase no pueda tener sentimientos delicados, sino porque Teresa la acepta sin averiguar nada más». En Teresa es dominante el deseo de riqueza que le permitirá figurar, vestirse elegantemente, y alimentar todas sus vanidades sociales. Quien tiene una pasión fundamental por el dinero, no se detendrá en el estudio de las causas que han podido producir la fortuna sino en el efecto que la fortuna consigue. El mundo actual no averigua mucho la procedencia de la riqueza y sólo se interesa en disfrutar de ella. Si la protagonista hubiera tenido escrúpulos respecto al dinero no habría sido digna de figurar en el grupo selecto de las chicas modernas.

Pero donde la crítica dice haber encontrado «la más violenta» contradicción o inverosimilitud en su obra es en el hecho de que en Teresa se junte «a un carácter tan independiente como el de un hombre, y seguramente más que el de muchos hombres, y una inocencia de la vida que raya en la ingenuidad».

Los hechos que revelen esta ingenuidad serían: ignorar a los veinticinco años la reputación que tiene la calle Camilo Henríquez, no extrañarse «de la casa de doña Ismenia, donde niñas de soberbia elegancia la reciben y la miman»; no sentir «el menor escrúpulo por dejar que en una habitación de esa casa descanse su padre moribundo», todo esto «a pesar de que sus sentidos bastan para indicarle que allí ocurren cosas extrañas».

En primer lugar no hay en la novela ningún antecedente que permita creer que Teresa ignoraba la reputación de la calle Camilo Henríquez. Pudo perfectamente entrar en casa de Ismenia, porque no puede deducirse inmediatamente de la reputación de la calle la destinación de la casa en que estaba su padre. Teresa no estaba instruída en la vida íntima de su padre; y aunque supiera que vivía con una querida no tenía por qué suponer que ésta regentaba una casa pública. Desconocedora del mecanismo de estos negocios, se extrañaba de muchas de las cosas que veía, pero no llegaba a una conclusión precisa sobre el particular. El principal obstáculo que le impedía tal vez llegar a esa conclusión, era la presencia de su padre, o más exactamente, el hecho que su propio padre viviera allí. Teresa no ignoraba que estaba en un ambiente «dudoso», pero la circunstancia indicada no le permitía ver la verdad completa. Por otra parte, si Teresa no sabía a ciencia cierta la naturaleza del sitio en que se hallaba, no se le puede hacer el cargo de que «no sintiera escrúpulos», porque su padre estaba en una habitación de esa casa.

Según la misma crítica, Teresa «carece por completo de sentimientos maternales y solo una vez se la ve conmovida por la muerte de un niño». En realidad, Teresa no demuestra sentimientos maternales, pero tampoco hace nada positivo que revele que no posee ese sentimiento. Con igual fundamento se podría decir que no posee sentimientos artísticos, puesto que la novela no los menciona. El que se haya conmovido sólo una vez con la muerte de un niño, no significa nada al respecto, porque en

la novela sólo se muere un niño, con lo que la protagonista no tiene oportunidad para conmoverse más veces. Aun luego a creer que Teresa hizo mucho con conmoverse por la muerte de un niño en este país, en que la muerte de más de treinta niños, por cada cien, no conmueve a nadie. Finalmente, Teresa deseaba casarse, y aunque en su decisión pudieran entrar muchos motivos determinantes, es natural que el matrimonio no pueda presentarse a la mujer completamente desprovisto del sentimiento de maternidad. Pero aun en el caso en que efectivamente Teresa no tuviera sentimientos maternales, ello no podría afectar al mérito de su creación artística, pues Ud. ha querido presentarla así, de acuerdo con sus observaciones del medio en que sitúa la novela.

Carece también Teresa, según la crítica aludida, de sentimientos hogareños, de sentimientos filiales y de coquetería. La carencia de los dos primeros sentimientos, resultaría de que no hizo nada para dar un hogar a su padre anciano y enfermo. Sin embargo, la verdad es que si el padre vivía bajo techo, era debido a los esfuerzos de Teresa. Además, en esta obra no creo que Ud. estuviera forzado a presentarnos el caso heroico de una hija que se sacrifica por sus padres, puesto que el tema elegido era otro, en el que este sentimiento filial tiene un carácter secundario. En cuanto a la falta de coquetería, basta sólo recordar que toda la vida de Teresa está orientada hacia la suprema coquetería de parecer bien. En esto era de «cabal feminidad». Fué su sentimiento de coquetería el que sufrió cuando en el «Cocktail Party» de la Cepeda no se encontró con la elegancia que hubiera deseado; fué también su coquetería la que resultó herida con la desagradable advertencia que le hizo Pipo en esa misma reunión. Teresa quería agradar a todos y atraer a Gastón, y no se ve cómo podría conseguirse una y otra cosa sin la correspondiente coquetería.

Queda, por último, una objeción de carácter general que afecta a la totalidad del personaje tan diestramente creado por

Ud. Se trata de que las ideas que tiene Teresa sobre la vida y la forma como hace la crítica social, tienen la marca del criterio masculino y no son otras que las suyas propias. Siempre me imaginé que la creación artística tiene precisamente por objeto permitir al creador manifestar sus ideas sobre el mundo o la sociedad. La existencia de un criterio masculino o femenino me parece fácil de establecer en el orden de las reacciones sentimentales pero no en el de las ideas. El modo de sentir de Teresa es femenino: vanidad, amor al lujo, deseo de agradar, anhelo de ser amada, etc. Su modo de pensar no tiene sexo en lo que sale de los asuntos afectivos. Aun, puede ser que se estime como lo ideal que haya para todo—mundo de las ideas y de los afectos—un criterio normal o tipo masculino y otro femenino; pero a cada rato es posible ver que no siempre lo femenino está totalmente en la mujer ni lo masculino exclusivamente en el hombre. Las costumbres modernas acercan cada vez más las distancias y una formación intelectual común hace posible los mismos juicios y reflexiones en hombres o en mujeres.

La verdad es para mí, que en Teresa Iturrigorriaga hay una serie de rasgos y matices de carácter afectivo e intelectual que no permiten confundir al personaje ni con Ud. su autor ni posiblemente con ninguna persona determinada del ambiente del Crillón. Los elementos de toda creación artística están naturalmente en el medio observado y en el observador, lo que no es obstáculo a la personalidad propia de la creación. «La Chica del Crillón» me parece una obra perfectamente construída, con una figura central muy bien y muy claramente trazada que se mueve en un medio animado por sus vigorosas facultades de novelista. Observaciones felices expresadas en una forma muy viva y personajes secundarios escogidos y enfocados con indudable acierto, completan el valor de este cuadro de costumbres con que enriquece Ud. nuestra literatura nacional.

Alejándose, con verdadero sentido artista, de las falsas de-

coraciones de chilenidad que abruman a una parte apreciable de nuestra literatura, ha sabido Ud. ya sea en «El Roto», ya sea en «Un Chileno en Madrid», ya en «Valparaíso Ciudad del Viento» o en «Criollos en París», y ahora en esta «Chica del Crillón», captar aspectos esenciales de nuestra vida colectiva. Cuantos creen en el valor de la cultura tendrán que agradecerse.

Suyo affmo.

LUIS D. CRUZ OCAMPO.

■

«PEDRO MORENO, EL INSURGENTE», POR *Mariano Azuela*

La intensa sugestión lograda por Mariano Azuela en *Indoamérica*, tenía hace años, para mí, una justificación romántica: el autor de «Los de abajo» era el cálido evocador de un pueblo aventurero y pasional, en cuyos estratos profundos vive la llama de los secretos ancestrales: la superstición, la idolatría y la muerte. Hoy, mejor estudiado el proceso de forja de aquel pueblo, creo que Azuela es el traductor de una nación de conciencia revolucionaria, vale decir de un pueblo prepotente, que se gana en cada convulsión cauces poderosos por donde vaciar el caudal de hierro fundido de su pródiga existencia. No hace mucho, al dedicarle a las tendencias literarias de América el devoto miraje de una sensibilidad alerta, señalábamos la preferencia que el escritor de este continente privilegiado da a la naturaleza y al hombre autóctono, sin veladuras ni aderezos decorativos, y muy por encima del afán fantasista de que son pasto las civilizaciones agostadas. Decíamos que el criollismo era lujurioso y directo, turbulento y brutal, que en él la imaginación suponía el mínimo esfuerzo, y tenía una misión precaria. La naturaleza—paisaje y hombre—, es tan pujante y prodigiosa, que desvanece toda imaginación de filigranas y utopías «made in».

Intentábamos esta aproximación al hecho mejicano: «La topografía mejicana, acaso única en el mundo, ha fraguado un alma nacional encontradiza, sinuosa, encendida, fiera e irrefrenable.» (1).

Un pueblo nutrido por una tierra áspera, volcánica y fecunda, es menos soñador que combativo y clarividente. En la indolencia aparente que mece el verso y la música indígena anidan la serpiente y el águila, la tenebrosa vida del instinto formidable y el impulso magnífico hacia las grandes acciones y hacia el cielo lúcido de las nobles ideas.

La novela mejicana recibe esta recia estructura racial, airada, dulce y volcánica. Entre todas las novelas, dos de Mariano Azuela: la tan divulgada, y no por ello menos grande, «Los de abajo», y esta biografía de guerrillero que llega a nuestras manos: «Pedro Moreno, el insurgente».

Méjico se construye en dos fechas esenciales: 1810-1910. La primera, ampara el empuje inicial contra el coloniaje, vale decir contra la espada monárquica, forjada en el rito católico altivo, sombrío y vengador; contra el encomendero y contra el analfabetismo, desgracia ésta peor que todas las tiranías. Esta centuria de lucha a muerte—el pueblo mejicano no hace revoluciones de teatro—, apenas conquistó la liberación primera, tan tenaces raíces hundió España en la ardorosa tierra azteca. Hoy mismo, cuando ya está en marcha la segunda etapa revolucionaria, la etapa social o de construcción integral, Méjico asesta todavía redoblados golpes a la reacción eclesiástica, que no abandonará sin brava lucha un reinado secular. 1910 incuba el movimiento social más sólido y mejor orientado que se haya visto en América: la liberación de las masas agrarias e industriales. Un movimiento que, como éste, encuentra igual resonancia en la ciudad y en el cerro, es en proporción sólo comparable a un estuario, cuyo caudal céntrico ha sido acrecentado por la multiplicación vivificante de las torren-

(1) Revista «Letras», N.º 19.

teras en todos los rincones del territorio. Torrentera en la crecida de 1910 es la epopeya de «Los de abajo». Demetrio Macías, el obscuro guerrillero, ha escuchado la voz del instinto indómito y clarividente. La guerrilla tenaz, sanguinaria y felina, lleva en su porfía el subconsciente de una doble liberación. No hace mucho, en el comentario ya aludido, escribíamos: «La expresión épica del pueblo mejicano está señalada, felizmente, en «Los de abajo». Combustión intensa del instinto, destrucción constructiva y pasional, galope, descanso jadeante y vuelta al galope arrollador. No cabe comparar «La vorágine», de Rivera, o «Don Segundo Sombra», del argentino Güiraldes, con el notable libro de Azuela. En él, la técnica simple y personal se auna firmemente con el temperamento. Mayor contenido de vida racial, de paisaje útil, de vida humana y universal en botijo mejor plasmado, no lo hay en otro país de América». (1)

Una técnica asimismo simple y personal, rebelde a cánones y conceptos, destaca en «Pedro Moreno, el insurgente», libro que hemos abierto con emoción de saludo tras prolongada ausencia; la técnica del escritor que ha puesto sus ojos y su alma al servicio de la vida y del hombre. En Méjico, la vida y el hombre se traducen en pujanza y lucha. Así, un libro de Azuela será un recio brote del drama mejicano, un brote íntegro en sí, que contiene los totales del drama en curso y en cuya célula íntima está el secreto de una nueva vida.

Lo que nos arrastra en Azuela, es el movimiento soberano de lo elemental y eterno, el pulso huracanado y sísmico de la tragedia. Los hombres—porque, pese a la talla dominante del guerrillero, son grupos, masas, las que se mueven y juran—, desconocen el cansancio y la humillación, y la fiereza los lleva a tapar con sus sombreros la boca de los cañones «gachupines» o federales. Hay empuje primario, acorde con la salvaje presencia del campo torvo, amparador y terrible.

---

(1) Revista «Letras», N.º 19.

Cada indio es una flecha envenenada, cada campesino, un insurgente. Los jefes, un Macías, un Moreno, son voluntades del grupo, de la guerrilla, de la masa; su autoridad es relativa, la disciplina que mantienen, vaga, en razón directa con la violencia de la fuerza colectiva, que obedece al instinto triunfante y sobresaturado.

«Pedro Moreno, el insurgente», se inicia con «el grito de Dolores», como la historia denomina la primera insurrección fraguada en el pueblecito de ese nombre por el cura Miguel Hidalgo. Tras la conmoción producida en todo Méjico por las noticias que la confirmaban, la gente pudiente: hacendados, comerciantes, funcionarios, experimenta el ahogo de la inacción. Conversaciones, recados, secretos, van creando el ánimo necesario. Las noticias que llegan de España, no sólo a Méjico sino a toda la América, unidas a las exigencias pecuniarias del virrey, hechas en nombre de la España invadida por Napoleón, dan el impulso decisivo a los nuevos guerrilleros. Pedro Moreno, hombre sesudo y acaudalado comerciante, deja su comercio y sus haciendas y se va al monte con quienes quieran seguirlo, contra la intransigencia de la familia, contra el asombro, el desprecio y el odio de sus amigos realistas, venciendo el espionaje organizado por el clero dentro del propio hogar. Temeroso de las represalias del enemigo, el insurgente se lleva a sus familiares y los pone a buen recaudo, entre las asperezas de la sierra. Las guerrillas surgidas en diversos puntos del país no dan descanso al español. Reveses y victorias alternan en el ánimo de aquella gente que abandonó comodidades y riquezas, por la causa rebelde. Méjico quiere intentar su propio destino, y lucha en todas partes con bravura salvaje, acaso no superada en tierra americana. Guerra sin cuartel, en que la indiada da salida a su delirio salvaje y en que el poder español hace gala de su espíritu de venganza.

Llegan noticias desconsoladoras: la prisión y el fusilamiento del cura Hidalgo. Un tiempo después, Morelos, el otro cura insurgente que se ha cubierto de gloria en cien batallas, cede y

cae prisionero. Es la angustia. «Desde el fusilamiento del curadon José María Morelos, las cosas van de mal en peor; la división entre los caudillos insurgentes se ahonda cada vez más, desde que falta un jefe de prestigio por todos reconocidos. Envidias, rencores y discolerías están acabando con el movimiento». ¿Cuándo no ha sucedido lo mismo en América? De otro modo ya estaríamos estructurados, caminaríamos a paso recio en la evolución inteligente, la tierra estaría libre de encomenderos.

Pedro Moreno busca refugio en el cerro de «El Sombrero» y desde allí prosigue la lucha. Se tienen noticias de un nuevo caudillo, Mina, que desembarcando con escasas, aunque disciplinadas fuerzas, ha barrido a los realistas de la región. El fuerte de «El Sombrero» le servirá luego como base de sus operaciones. A los nuevos triunfos se suceden algunos reveses; el enemigo, ensoberbecido, sitia a Mina y a Moreno en el propio fuerte.

Las páginas ofrendadas a este episodio, alcanzan los contornos de la epopeya. La heroica defensa de «El Sombrero» por aquellos hombres, encendidos en la llama rebelde y redentora, junto al estoicismo de las mujeres y al sufrimiento de los niños, tiene un poder de sugestión irresistible. Azuela ha sabido infundir al último cuadro de la tragedia, la fuerza y el calor justos y necesarios. Pesan sobre los sitiados las imágenes sangrientas de las represalias enemigas y a esta aguda conciencia del fin que les espera, se agrega la desesperación de la sed. El enemigo ha reforzado los senderos de bajada al torrente; la muerte mueve sus alas sobre grandes y chicos, durante muchos días.

Las figuras de Moreno, de Mina y de dos o tres mujeres que aceran el valor de los hombres, le dan a este libro el contenido y la solidez de una tragedia clásica y como tal habrá de perdurar en la literatura del continente. Es la historia viva, humana y ejemplar, que enfoca, en el tiempo y el espacio, tipos definitivos, inalterables, a cubierto de posteriores falsificaciones. En la

atmósfera de torbellino y de sangre en que se mueven estos seres, subsiste la estructura legítima de los héroes, desde el caudillo, al último indígena. En ningún momento se adivinan propósitos interesados en tan magnífica evocación de guerrilleros. El cuadro objetivo, sin atenuantes políticos o ideológicos, el tipo palpitante y férreo, he ahí las condiciones de la notable versión histórica y racial de Azuela. Nada de truculento, de húmedo, de chillón. Los trazos son recios y sobrios y la tragedia alcanza la ponderación de lo altamente humano y lo grandioso. Azuela ha sabido darle a su estilo, cuya maestría nos era familiar, la aspereza y vigor que el asunto requiere. La frase, a veces breve y bronca, a veces larga y macizamente ensamblada, a veces llana y aindiada, da al párrafo el aire y el ritmo del tiempo y de la acción.

Pedro Moreno, severo, parco y estoico, patriarcal, corre en las páginas altivo y señor de sí y de los suyos. Su actitud es neta, decidida, ejemplar, sin quejas, sin ambiciones, sin amargura, sin claudicaciones, como hombre que dominó tierras y gentes y quiso entregarlas al pillaje enemigo para ganarles en seguida, si fuera posible, convertidas en tierra libre y vida libre. No fué, como Mina, guerrillero arrojado, bullicioso de alardes. Su figura queda acuñada en la heroica vida americana con sereno y firme relieve de medalla.

Al poner fin a este breve comentario de uno de los libros más vigorosos aparecidos en este tiempo, no puedo dejar de pensar que en la América meridional, y particularmente en Chile, carecemos de historia viva, pese a nuestra abundancia de historiadores. La erudición prodigiosa de nuestros estudiosos y las facilidades editoriales no han vencido la indiferencia y el olvido de público lector. La historia se escribe aquí para el archivo, cuando no ha sido escrita con espíritu de clase. De ahí que, quien quiera informarse sobre la naturaleza real de hombres y hechos del pasado, y aun del presente, tendrá que sumergirse en la documentación auténtica,

«Pedro Moreno el insurgente», nos da el ejemplo de la historia objetiva, vital, aireada, que se quema al sol y sangra, y que tanta falta nos hace a los chilenos. Para nuestro país y para otros, esta es labor de escritor. Ese aliento fuerte y humano no entra en la erudición. La historia, como se escribe en Chile, está sepultando nuestro pasado, turbulento, pasional y heroico. Cumple a los escritores el apartar la losa y darnos la biografía estructurada en el tiempo y el espacio, el carácter único y el hecho legítimo, y con ello habrán forjado obra más duradera que el bronce.—LAUTARO YANKAS.



DOMINGO MELFI Y «PACÍFICO-ATLÁNTICO»

Es difícil decir dónde acaba en este escritor el estudioso y dónde comienza el artífice. Ambos forman una ensambladura admirable, cediéndose mutuamente predominios, sin que pueda discernirse con facilidad si el lírico supera al pensador o a la inversa. Tal es, al menos, la deducción que fluye al leer su reciente y armoniosa obra «Pacífico-Atlántico», solo libro suyo que conocemos.

Lejos del subtítulo presuntuoso—tenía sobrados motivos para justificarlo—define el autor su libro como sencillas notas de viaje, con esa simplicidad innata de la inteligencia equilibrada, siempre recelosa de cuanto produce y que por ello mismo se supera todos los días.

«Pacífico-Atlántico» son, realmente, notas de viaje. Digamos, mejor, impresiones de viaje. Un ejemplo que viene haciéndose clásico en literatura, aclara el juicio: cuando Beethoven vió su Sinfonía Pastoral expuesta a la voracidad de críticos sañudos, que se disputaban el derecho de acertar asegurando que tal pasaje traducía el ruido del río, éste la fuerza del viento o aquél las voces de la tempestad, se limitó a seña-

lar su cuaderno de apuntes, donde tenía anotado que la Sexta Sinfonía expresa no los sonidos o movimientos de las fuerzas naturales, sino las sensaciones que aquéllas despiertan en el hombre.

Puede aplicarse esto al sugerente libro de Domingo Melfi. Medular análisis de la pampa y de la costa ríoplatense, del litoral y la sierra chilenos, nadie dirá que en sus páginas están Buenos Aires, Montevideo o Santiago como los conoce el vulgo. Están las metrópolis sureñas, ciertamente, pero con una diferente presencia, cuyo valor se afirma en la sugerencia antes que en la fácil objetivación.

Es interesante comprobar que estas reflexiones del escritor chileno, en torno a diversas fases del paisaje físico que dividía el dorso de Los Andes hercúleos, son más profundas, convincentes y verídicas que muchos libros de frondosa extensión sobre la materia. Hemos dicho nuestra América. Pues bien, nuestra América, está agudamente captada en las flexibles y aireadas páginas de este autor.

¿Será necesario subrayar que es la grávida presión del sentido, la que domina en «Pacífico-Atlántico»?

Como sucede en el caso Luis Alberto Sánchez, en Melfi se acusa igualmente la cercanía de un nuevo lenguaje: el lenguaje de la conciencia, que no satisfecha con ver, medita y fija en formas concretas su volición creadora.

Pocas veces se han dicho cosas tan originales, frescas e incisivas sobre la realidad pampeana. El conflicto entre provincia y ciudad que concluye fatalmente con la absorción de aquélla por ésta—se insinúa con cálidos trozos. En la interpretación del gaucho, aunque el tema está algo manido, o en el retrato del calichero que habita el norte chileno, el autor crea vigorosos tipos sociales demostrando ágil aprehensión de la psicología regional.

El libro está colmado de rápidas y hondas intuiciones. Es una limpia captación de posibilidades. Tan pronto florece en

sagaces pensamientos sobre la influencia del espíritu de la tierra en el poblador, como se engalana con finas estilizaciones—por ejemplo al hablar del corvo—donde manifiesta sutilmente las ocultas sugerencias que emanan de los elementos familiares.

Al final, después de trazar breves pero ricas ideas en torno al doble universo del Río de la Plata y del Pacífico Sur, abiertos nuevos surcos para la comprensión continental, el hijo de la tierra montañosa, que tuvo la perspicacia de encontrar y penetrar las espléndidas valoraciones de la pampa, vuelve al regazo acogedor del solar serrano, sin haber sucumbido a la poderosa fascinación de las metrópolis atlánticas, porque corazón e inteligencia lo tuvieron—lo tendrán siempre—firmemente enraizado a la sierra. Este es un problema sentimental, cuya metafísica sólo puede entender o sospechar el montañés, alma cerrada en sí misma como el monte, hecha de posibilidades y de fiera tenacidad.

Aparte de esa americanidad esencial, que satura el libro de vida abundosa y sana, «Pacífico-Atlántico» es una obra de arte por la atracción de su estilo.

Al llevar los dramas de la naturaleza, del hombre y de su morada al drama del pensamiento, Melfi no ha dejado un instante de ser artista, es decir de ser absolutamente personal para expresarse.

Sin incurrir en las exageraciones de los peninsulares, pertenece por su prosa ondulante y atrevida—purificada empero por una innata limpidez—al neogongorismo simbolista de Marichalar, Jarnés y Pedro Salinas, que renueva las fuentes puras del idioma con ancho vocabulario y riqueza inédita de imágenes. Ciertas evocaciones líricas del océano y de la sierra, tienen la maravillosa frescura del mar y la soberbia plasticidad de la montaña.

Pero este elevado pensamiento que se manifiesta en forma espontánea y elegante, corre inminente peligro al surgir en la selva virgen de la incultura criolla: el peligro de ser entendido

sólo por una selecta minoría—como pasaba con el cautivante Rémy de Gourmont—sin llegar a despertar el interés pueril y melodramático de las grandes masas lectoras.

Con ello ganaríamos mucho: América tiene ya y puede seguir dando ensayistas. Pero este joven escritor chileno, puede perseverar en su camino de excepción, en vez de petrificarse en la categoría de los severos auscultadores de la realidad. Si se frustra el escritor de grandes públicos, quedará siempre el artista que perdure en el camino del tiempo. Y esto es cardinal para la estética del alma americana.

«Pacífico-Atlántico» es un gran libro. En sus páginas apretadas de verdad y de belleza, un potente sol de mediodía alumbraba los designios que presiden la literatura de Domingo Melfi.—  
FERNANDO DIEZ DE MEDINA.

La Paz—Bolivia—1935.

(Del capítulo «La Sangre Interior de nuestra América», del libro de ensayos en prensa de Fernando Díez de Medina, intitulado «El Velero Matinal.»)



A PROPÓSITO DE «AMÉRICA LATINA» DE *André Siegfried*

El libro de Siegfried cae en una atmósfera saturada del tema. El vocablo diplomático se ha hecho expresión sociológica y terminará en valor metafísico cuando América latina sea el nombre ya indescifrable, es decir, definitivo, de una cultura.

Pero no es la corteza política la que hay que morder para encontrar el jugo de la vida nueva y sentir el sabor de los años viejos. El solo vaivén de la democracia, banderola oscilante en los aceros que guardan los palacios gubernativos, si centralizó ayer un panorama sociológico, hoy día es el aleteo de un ave

agónica y su diagnóstico en la América latina es el diagnóstico de un mal universal.

Precisamente debe destacarse que estamos en un caso en que nos vinculan al mundo todos los valores en decadencia.

Examinar la vida latinoamericana a través de la democracia ya no tiene sentido hoy día, de la misma manera que, dentro de poco, no tendrá sentido auscultar la inquietud universal a través del socialismo. Y aunque es cierto que la andanza política fué espectáculo exclusivamente de nuestros países, el clisé que resultó lo hicieron, en las horas aburridoras del océano, todos los viajeros que pasaron, como en una fuga, de capital en capital.

Del mismo Siegfried se desprende que la vida política que ahora vive la América latina es la misma de toda su centuria. Tiranía, dictadura, democracia, constitucionalidad, son palabras de un lenguaje especial de tipo latinoamericano. Es la secuela de la Revolución; y resulta doloroso puntualizar que ese lenguaje todavía es indispensable para romper ciertos estados de petrificación colonial como el de la vida en los Andes peruanos y en muchas regiones de los trópicos.

Este hecho de que todavía se necesite en algunos países de nuestro continente una revolución francesa—que en muchos otros es una sólida posición conservadora—expresa una vez más el desnivel sociológico en que vivimos.

De manera que, del todo, no es en el campo social sino en el terreno político donde la revolución está agotada. Es la distancia que va de los derechos del hombre a los derechos del ciudadano. Por lo cual, al examinar el cuadro de nuestra América con un criterio pasadista, no se llegará sino a una larga cadena de constataciones tan corrientes, que van desde el ponderado discurso parlamentario hasta el editorial estéril del periodista sin orientación, para concluir en el corrillo de café donde el hombre cualquiera—el Babbit que ejemplariza a Siegfried—dicta y lee sus pensamientos.

Lo inobjetable es que la interpretación de nuestra vida

continental escapa ya a la media docena de principios clásicos de la democracia. Resultan ellos una malla demasiado espaciada para aprisionar todo el espíritu de un continente, que por primera vez ha decidido ser nuevo. Al encuentro de las formas políticas envejecidas y succionadas por cien años de polémica y de exclusión y restauración, avanza un espíritu nuevo, más interesado por los contenidos que por las formas, por los hechos que abren nuevos caminos a la historia que por las llaves que no pueden ordenar el metabolismo de un sistema sin interrumpir todas las corrientes.

La América latina osciló siempre entre el mandón inferior, con trazas de caudillo y el encasillado, muchas veces infecundo, de los principios democráticos y sus traducciones constitucionales. Estuvo ausente la tercera posibilidad, la única grande para pueblos como los nuestros, de colosales energías idealistas: la del dirigente de acción creadora y meta clara, aunque fuera distante. Hay ejemplos honrosos de hombres que representan esa tercera posibilidad, sobreponiéndose a las veintenas de políticos de buffet o de foete. Citemos algunos casos como el de Bolívar, Sarmiento, Haya de la Torre y ciertos hombres de la revolución mejicana.

El hispanismo castizo fracasó donde más debió estar presente: en el sentido mesiánico de la política. El progreso, para pueblos en estado de virginidad, debió tener un valor romántico y religioso. Pero sucedió que ante las perspectivas sin fin que ofrecía el futuro, apenas asoma el hombre visionario, apenas si surge la nota de estoicismo y videncia del santoral ibero o la heroicidad del carácter del hidalgo de los buenos siglos españoles.

En cambio, no hemos visto otra cosa, por lo general, desde los primeros años de la libertad, que la política transformada en un gran banquete y el Estado convertido en un gran municipio.

En Bolívar, en Sarmiento, en Juárez, en Haya de la Torre, el porvenir del continente, y el de su propio medio político, se levanta como una ciudad fantástica con todos los contornos de la creación; y, sin embargo, ¿qué políticos hubo más realistas que

ellos? ¿Qué otros hurgaron más hondo, con sus propias manos, en la cruda realidad del presente y del pasado?

Tengo la idea—acaso contra pensamientos míos de otros días—de que el caudillo jugó un papel benéfico en nuestras repúblicas, salvo excepciones de mediocres afortunados y opacos, que llegaron al poder por un acto de piratería política. Con un excelente contenido podría escribirse el ensayo «Influencia del caudillismo en la incorporación del pueblo en la vida política», cuyo reverso sería: «El colonialismo de la vida latinoamericana bajo los regímenes democráticos constitucionales».

No hay que trazar de norte a sur la marca definitiva de que el progreso de las naciones latinoamericanas dependió de la solidez constitucional. Fuera de los caudillos renovadores y progresistas auténticos que, o rompieron la constitucionalidad o llegaron al poder por la vía regular, encabezando un partido de lucha, multitud de otras causas, ajenas al entrar y salir de funcionarios en el palacio de gobierno, intervinieron en este avance de cien años hacia la civilización.

Ahora la América latina se ha intensificado. Ya no será más un mero espectáculo político; se está haciendo, día a día, una expresión sociológica. La política latinoamericana podrá por cincuenta años más mostrar los mismos fenómenos, pero sociológicamente, la «otra América» seguirá su decurso, y aunque muchos transeúntes se acomoden en el mismo sillón presidencial, los del llano no podremos bañarnos dos veces en la misma corriente de la vida americana.

Es claro que me refiero a los profesionales en el ramo y no a la política de los orientadores y reformadores, a las grandes ambiciones de los meditadores aislados, en cuyas perspectivas lejanas se cuaja siempre la vida nueva y mejor.

\* \* \*

Hasta el libro de Francisco García Calderón (sobre «Las democracias latinas de América»), pudo juzgarse la vida latino-

americana desde los balcones de un Congreso Constituyente. Después, todo buen observador tendrá que buscar las raíces de la América nueva en las llanuras, en los Andes, en la selva y, principalmente, en el habitante, no como ciudadano sino como hombre.

Desde hoy, para encontrar nuestro propio camino, antes que fabricar ciudadanos tendremos que edificar al hombre. El hombre cae en el ciudadano, es decir, en los estatutos pasivos de la democracia, cuando ya ha cumplido con el núcleo de su programa colectivo. La democracia es la siesta social tras la tarea creadora.

La gran anomalía de la vida latinoamericana, está en que al caudillaje dictatorial se opuso, previamente y a ciegas, las sagradas escrituras del liberalismo democrático. ¿Quién sabe si el caudillaje idealista (siempre de más visión que el presidente inventado por el consorcio nocturno de los partidos), quiso cumplir aquella etapa previa de organización y orientación de los hombres?

Muchas veces, por un lado la inferioridad del caudillo y por otro la incompreensión de los inteligentes, malograron los comienzos de una vida vigorosa y fecunda, que habría edificado un poco antes un haz de pueblos con su destino propio.

Se ven, pues, dos políticas en la América latina; la política del fruto caído y la política de la raíz que germina.

Hasta la revolución mejicana no hubo excepción al primer caso. Desde 1810 hasta 1910, si se quiere un rodillo de cien años de peso, se estrujaron todos los principios democráticos, liberales y republicanos. ¿Qué valor tiene hoy afirmar, con tono de añoranza y de lamento, que la democracia no se cumplió en nuestra América? Sin embargo, el fruto está ya caído, está enteramente agotado, sin que el pueblo latinoamericano haya comido multitudinariamente de él.

El turismo de las constataciones, una vez más, es acertado en Siegfried. Nada tan exacto como esa breve descripción del papel de los ejércitos latinoamericanos y del brusco ir y venir

de la fuerza en la política. También descubre con facilidad las diferencias que hay entre los países tropicales y los del sur, en donde, a pesar de las conmociones recientes, hay hondo y triunfante apego a las tradiciones en la vida pública.

Siegfried conocía antes de su viaje lo que después narró. Siempre se ha hablado con acierto al describir el proceso político de lo América latina. Otra cosa es descender de la corteza descriptiva y hundirse en el torrente de causas sociológicas y psicológicas en acción, lo que han hecho muy pocos estudiosos que han resultado ser los menos leídos y creídos.

Lo que interesa a las generaciones intelectuales nuevas no es la simple constatación de realidades históricas. Los nuevos espíritus esperan opinión y orientación, y hasta orden de ataque, si el pensador que se preocupa de América es uno de los nuestros.

El porvenir de la América latina no es sólo un interés nuestro, sino también de la humanidad. Nunca más que ahora se ha deseado construir algo nuevo con o contra la presencia del pasado. Interesamos a la humanidad como presa o como refugio, y este hecho importantísimo e inquietante, ahora que se estremece nuevamente Europa, no puede dejarnos indiferentes. Por eso, todo entretenimiento sin finalidad ulterior en revelarnos cómo vivimos ayer la vida política, son kilómetros de recodos en el camino que debemos elegir y comenzar.

Sobre todo en el caso nuestro, en que la historia no fué un sistema armonioso y en que la tradición social es muy débil, se pueden trazar como fruto de un impulso autónomo, ciertas trayectorias del porvenir. Aun en aquellos terrenos complicados, como el de la cultura y el de la raza, el espíritu de creación puede ser fecundo y labrar la tonalidad definitiva del futuro.

Lo más lamentable en nuestras repúblicas es que el instrumento político, tan eficaz para las resurrecciones de otros países, se encuentra entre nosotros sin fuerza y sin autoridad, de-

masiado sujeto a la tradición, demasiado microcósmico en sus alcances.

Por eso, el temor de que el predominio de los políticos administradores sobre los políticos mesiánicos postergue todavía por una generación más la militarización general del alma latinoamericana, para dictarse las bases de su progreso y de su propio estilo de existencia.

\* \* \*

Hay en Siegfried dos afirmaciones que resultan lo más personal e interesante de su libro: el catolicismo y la persistencia de la hispanidad.

A partir de estas dos cuestiones, ha podido iniciar un estudio sociológico profundo del porvenir de las sociedades latinoamericanas. Tiene enorme importancia hoy día examinar detenidamente esos dos problemas. También en América el problema religioso va adquiriendo caracteres básicos para interpretar su destino. Ya sabemos que desde Massis hasta Berdiaeff, el catolicismo latino como salvación, o como canto de bien morir, está jugando en las preocupaciones filosóficas y sociales del mundo.

A la América latina le interesa, por ejemplo, la revolución violenta dentro del catolicismo para resolver la crisis del principio del sentido histórico y para remozar en el espíritu el paisaje de fondo de los grupos directores.

Entender, pues, el catolicismo en su sentido tradicional es hacer una constatación más. No es entonces una gran profecía afirmar que la América nuestra continuará dentro de la tradición católica latina, y que esta línea no será mellada por el protestantismo como iglesia, o la masonería como factor de progreso social, o, finalmente, por las degeneraciones fetichistas, cuya lenta desaparición, al contrario de creciente peligrosidad, Siegfried no ve.

Situar nuestro destino dentro de aquel catolicismo que gi-

ra sobre sí mismo, con una parsimonia invernal, no es ningún signo optimista para quienes en la desorientación de los espíritus esperan un nuevo evangelio. Precisamente, creo que no hay más camino para la revolución del mundo, si espera crear valores permanentes, que la revolución religiosa, quiero decir, la revolución dentro del cristianismo católico. Acontecimiento supremo de doble dirección: en la Europa hiperestésica hacia el conformismo medioeval, dejando el dolor, la alegría, el triunfo y la derrota al juicio de Dios; en la América latina, sembrando una nueva pasión unánime que organice los espíritus hacia un solo fin, ajeno a las coordenadas históricas del mundo oriental y occidental.

Ambas tradiciones, ibérica y católica, se completan. Es natural que la primera, por su propia fuerza, apoyada en la raza, el idioma y la historia, tenga que ofrecer una valla invulnerable a la invasión de psicologías extrañas.

Tiene que ser una esperanza de eternidad el palpitar de veinte repúblicas, que renuevan su hispanismo resucitando las viejas y mejores virtudes peninsulares, que renuevan su religiosidad, cogiendo del acervo cristiano los valores optimistas y del orden católico el sentido de unidad y de voluntad de triunfar.

Sólo con un reexamen de la hispanidad y con una revolución religiosa, puede ser compatible el movimiento indoamericano de raíces autóctonas. De otra manera, este movimiento, si no va de frente contra los gastados valores hispanocatólicos de hoy carecerá en absoluto de importancia y no logrará realizar en el eje mismo de la vida continental, lo que tan rotundamente ha comenzado a imponer en el arte y la literatura.

A flor de todo impulso caótico, nadie sabe a dónde le lanzará el torrente. Estas generaciones idealistas que surgen, carecen todavía de orientación más allá del campo político. Es a ellas a las que hay que adiestrar en ese mundo denso y fecundo de la revolución religiosa, y en la revisión sin piedad de los valores espirituales de la raza. El problema, en cambio, se presen-

ta más definido y fácil en cuanto al tercer acorde de la armonía, el de la insurgencia de las premisas autóctonas, que yo quisiera ver como centro de la historia nueva de la América latina.

De manera que para hablar de los destinos de nuestra América, hay que comenzar desde la última página del libro de Siegfried. Se dirá, tal vez, un libro descriptivo, como escrito para europeos; un libro de viajes espirituales para reanudar la vieja literatura de «noticias» que llegaba a los puertos de Europa. Pero el hecho es que el libro tiene gran cotización latinoamericana y que sólo aquí será leído con interés, máxime cuando su traductor, Luis Alberto Sánchez, le ha dado con sus finales de página un ambiente hogareño.

Santiago, abril, 1935.

RAMIRO PEREZ REINOSO.



«LAS BARCAROLAS DE ULISES», *por Jacobo Danke*

I

Forma y contenido influenciados por el mar. La música de estos raros poemas, claros y oscuros, tiene mucho de áspera, salobre y atormentada. Cuando se sale del mar, adquiere un tono suave de penumbra o de luz infantil. En estos versos hay un eco de olas atropelladas, una como prolongación de esa orgía disparatada que es la vida del mar. El mar de Jacobo Danke es un ser orgánico, apasionador y apasionado, un personaje tan emocional como los desertores músicos que describe en «Verificación del Circo». Este mar que cabe en las manos de Jacobo Danke, no pierde su plasticidad. El poeta es más exacto en las sensaciones visuales que en las auditivas y de allí el extraordinario interés de su temática marina.

Modelado, color, música. El mar se mimetiza en la emo+

ción artística. Pasa de las masas heroicas a los tonos fogosos o a los ritmos sombríos. Por esto a ratos es sólo volumen, materia plástica; luego color, ausencia de dibujo, de contornos, de arquitectura; por fin, música, sonido-medido o bárbaro-loco o simétrico. Frente a su mar estatuario, recuerdo a Chirico, el plástico, reflejando la ira de la ola en volutas llenas; su mar de color me hace pensar en Monet, el impresionista, abismado en la lucha de los tonos; y en su mar musical, el agua parece consciente de su armonía, como sucede en los temas acuáticos con Debussay.

Todo esto—que a simple vista parece erudito—justifica mi deseo de explicar esta poesía de Danke por asociaciones, por relaciones no propiamente poéticas.

## II

En el fondo, Jacobo Danke es un romántico. No trata de ocultarlo. Vive de la inquietud, como las brújulas, Parece inmantado, influenciado por desconocidas zonas magnéticas. Su olor a marino hace que uno se apegue a su fe. Su romanticismo es complejo, por cuanto no es crudamente individualista. Hay algo en él, brazos de masa sufrida, que desplaza el empalagoso yoísmo romántico, el radicalismo en la visión introspectiva, el subjetivismo decadente que no hace sino reproducir una sensibilidad cansada, agotada, sin camino. Los nuevos románticos son místicos y como individualistas de izquierda, iconoclastas. El individualismo, en su final etapa anarquista, es místico. Los autores no revolucionarios—en el sentido social—no pueden romper la cadena del misticismo, en cualquiera de sus formas. Y para aparecer como revolucionarios, para borrar la pátina romántica, recurren a un truco negativo: la invención de carátulas «revolucionarias». Pero la piel nueva cuando sirve de funda a un cuerpo muerto, acartonado por lo menos, carece de perspectivas vitales. Sólo un cambio de contenido puede evitar la momificación del arte.

Por esto un buen porcentaje del arte ultravanguardista—sin contenido socialmente revolucionario—me da una impresión completa de vejez precoz.

Jacobo Danke busca. Su búsqueda no se limita ni se queda en las formas, Otea rutas. Su inquietud no se abisma en los panoramas, ni se estratifica en los paisajes. Dentro del individualismo es revolucionario por el «tono particular» de su humanismo, de su comprensión del hombre. Lo que hay en él de contemplativo y místico, se liquidará en la lucha. La lucha acelera la evolución, crea una visión dinámica de los hombres y de las cosas. Ya en el «Nocturno del Astillero», hay un contenido revolucionario y una emoción revolucionaria, bajo una admirable corteza lírica. Si aun entonces Danke es romántico, es porque no puede desatar ese nudo ciego que hay entre él y ese sentimiento personalísimo que es el de la piedad.

### III

Filosofía de marino: ambiente de superstición que genera el renunciamiento, la voluntad floja, el sueño fatalista. La vida se mueve entre los dos polos del azar. Todo parece jugado a la suerte. De allí cierto sabor de misterio: hálito de lo desconocido que tiene que suceder. Hasta el sexo cae dentro de este marco fatalista. El amor es triste y sin rencor.

«Siete letras son bastantes,  
—el infierno: siete círculos—  
para parecerse a un ciego  
vagando en un laberinto».

(Perdita).

Pero en este paisaje tenebroso de «Perdita», sólo ésta es la imagen sombría. La amargura no se dramatiza. Es, si así puede decirse, cristalina, con voz afelpada y casi fresca:

..y debajo del corpiño,  
sobre un busto de escultura,  
balaban dos corderillos».

He aquí la dulzura de Danke, clara y tierna, en actitud semidogmática, sobre un atormentado fondo pasional.

## IV

Angustia. Efervescencia espiritual. Hambre de ahogar el descanso. En todos los poemas irrumpe el desasosiego, candente o helado. En el primer caso es casi lóbrego y en el segundo, casi humorístico. En la fiebre angustiosa crece de nivel lírico:

«En el hueco de la mano  
me muerde la paz el grito  
de un caracol, y sólo  
su nombre es lo que percibo.»

(Perdita).

En veces, es pavor acre. Y tanto, que todo lo que puede hacer es preguntar. Pregunta sobre una tácita respuesta negativa:

«¿De qué me sirve el puñal,  
de qué el nostálgico libro  
y la polca de añoranzas  
del baile de los marinos?».

O la angustia, para ser escéptica, se refugia en una tajante exclamación:

«¡Vida en que el soliloquio fué la devanadera  
del corazón errante!....»

(Pan y la sombra).

La angustia lo hace mirar el olvido. Jacobo Danke lo quiere como un punto final sin transcendencia, lo concibe como una tendencia al reposo de todo objeto que se mueve, sin otra fuerza externa que la inicial.

«¿Para qué recordarse de aquel baúl en donde, como una rosa dentro de un féretro, un retrato perdía su relieve pasional?.....»

En los lindes del reposo, la angustia se convierte en preocupación intelectual, aunque un tanto niña:

«El delantal  
que el viento hacía zozobrar en olas  
del aire infinito..  
.....  
¡Ay! ¿quién lo aprisionó con insufribles  
alfileres?..»

*(Fantasía en la cuarta cuerda)*

Y una nueva zona: la angustia migratoria, el deseo de andar en una intensidad dionisiaca. Es «Jiga transoceánica»: reverso de la sed contenida de Baudelaire, cuasi melancólica, en su invitación a navegar. Danke se liberta de los tonos nostálgicos, a los que se abona cuando adquiere ideas de fuga. Ahora es frenético; exuberante, firme en el deseo. Espera, sobre un cimientito de impaciencia. De allí que su angustia sea feroz y alegre. Se complace en hacer imágenes plásticas de sus rutas marinas, en asociar ambientes bohemios con objetos que signifiquen lejana quietud:

«Buenos pies luce el océano  
cuando echa a rodar la danza.  
¡Bien sabe que es su taberna  
el mejor museo de anclas!

*(Jiga transoceánica).*

## V

*Reposo.*—Se hace la tristeza renunciamiento pesimista. Hay hasta un poco de sadismo en la aceptación ciega:

«Partir... morir un poco. Es igual. Pero el nudo que desatamos, teje con sus lianas salobres una escala, y por ella tornan los bellos días cruzados de dolientes jardines y de torres gigantes. Es lo mismo.»

*(Exhumación en re menor).*

Se deja margen a un alegre recuerdo, es para luego cerrarle el paso con una brusca indiferencia.

Reposo contemplativo, dulce, sonriente, el de la «Elegía de la botella de agua». La contemplación hincha la imagen. Ahora está al desnudo su don fantástico.

«Felicidad, sí, brumas y madre selvas dentro de la botella de agua.»

Y construye la metáfora suntuosa, apoyada sobre su concepción humana del mar:

«..... Un océano que se arrodilla sobre las risas y las lágrimas.»

Su emoción se simplifica, se diafaniza, reuniendo—en un esfuerzo rápido—imágenes dispersas.

«Felicidad teñida de barcarolas. Era la noche. El mar. Los puertos. Las islas desoladas.»

Impresionismo infantil. Parece que el recuerdo solamente localizara los esqueletos de las cosas, los mástiles donde el poeta ha de amarrar sus paisajes;

Reposo en el silencio. Mirada retrospectiva. Sin embargo, no es realmente hacia atrás, sino hacia adentro. Tal la balada al mar de Curaumilla. El silencio taponaba el recuerdo de los sonidos. En el primer plano, el del pasado; el lejano, hay ruido.

«Cimbra,  
una república de campanas sordas  
y de friolentas herrerías.»

Bulle la oda y la marimba, se asoma el eco de «un país de arias»; en el segundo plano—el presente—hay recogimiento, delectación sin alborozo, invitación a callar, a sumergirse en dos tiempos confundidos: *antes y ahora*.

## VI

Sal de mar. Sabor de lo trashumante, ligero sabor acre. Amargura tamizada en «Aristocracia de Otoño» (se describen mendigos cubriéndose del oro que cae de los árboles) y «Verificación del Circo», esqueleto y vestido de un paisaje chaplinesco.

La voz es ronca, dura, vaciado auténtico de una voz nómada:

«..... Falerno  
extinguido, mi pobre verdad de saltimbanqui  
se me muere de pesar, se me muere!»

Es ésta una interpretación fragmentada de Jacobo Danke. Así creo ponerlo cerca de mí y del público.—ANTONIO GARCÍA.

PURITANIA, por *Ernesto Montenegro*. (Editorial Nascimento).

Si los artículos que forman este nuevo libro de Ernesto Montenegro tuvieran un carácter meramente periodístico, «Puritania» sería de una vida tan efímera como las páginas de la revista o diario en que fueron primitivamente publicados. Y entonces cabría decirle a Montenegro que la recopilación de sus artículos escritos en Estados Unidos y sobre cuestiones yankis, no ha tenido otra finalidad que la de hacer posible la lectura o relectura de amenas informaciones que ya perdieron su actualidad y que lo único permanente en ellos es la forma correcta, de sencilla elegancia, con que se revistieron. Pero la verdad es muy otra. Las páginas que constituyen «Puritania» van más allá del periodismo; no están ellas solamente alimentadas de lo cotidiano, sino que lindan con lo trascendental, con aquello que vence el tiempo y la distancia. Por eso, me atrevería a calificar de ensayos estos artículos de Montenegro. Así, la publicación de este libro aparece perfectamente justificada. Por los temas que aborda, por la forma amena de presentarlos, por la profundidad y agudeza de sus observaciones, por el humorismo que destilan, por el ropaje cuidado y sin afectación, los artículos que forman «Puritania» adquieren la calidad del ensayo, que sin perder su carácter informativo y de divulgación, no descienden a ese plebeyismo intelectual que ha llegado a constituir la característica del periodismo moderno.

Montenegro vivió durante largo tiempo en Estados Unidos de Norte América, adentró en su espíritu, buceó en su idiosincrasia, de suerte que sus observaciones sobre Yanquilandia no tienen el carácter superficial, meramente objetivo, que poseen las del periodista en viaje de turismo, que sólo coge lo externo, lo que le entra por los ojos, y que encandilado ante la grandiosidad del materialismo yankis, adopta una actitud de servil e incondicional admiración, renegando de su patria y de su san-

gre. Montenegro adopta una actitud serena, de pensador; mira, constata e informa.

Dijimos que Montenegro iba más allá del periodismo; y prueba evidente de ello son aquellas fantasías tituladas «Relatos Imaginarios», y que basadas en la psicología del pueblo norteamericano, han resultado admirables anticipaciones, por no decir profecías, de hechos que la realidad ha venido a sancionar. Tal como «El secuestro de Rockefeller» que coincide en el fondo con el rapto del hijo del aviador Lindbergh, sensacionalmente divulgado por la prensa.

A mi juicio, la parte más interesante y novedosa del libro, es aquélla que comprende las «Andanzas retrospectivas», donde Montenegro rastrea en la historia y en la realidad cotidiana, evocando los lugares en que España dejó huella indeleble. A esta misma parte de la obra pertenecen los capítulos que titula: «Un millonario neoyorquino» y «Nuestros hermanos judíos»; impregnado de humorismo, el primero, y agudas observaciones sobre la psicología de los judíos sefarditas, el segundo. A través de la anécdota nos dice humorísticamente Montenegro algo que es muy del carácter judío. Cuenta que «un pillastre llega a la tienda de un ropavejero, se prueba una chaqueta y escapa calle adelante. Ante los gritos del judío acude el guardián y entre ambos emprenden la persecución. Ante la negativa del fugitivo a detenerse, el guardián se dispone a dispararle, visto lo cual el judío le sujeta el brazo diciéndole: «No le tire por la espalda, señor oficial, que la chaqueta es de una tela espléndida y está casi flamante».

Las observaciones de Montenegro adquieren a veces un sentido trascendental, se elevan ellas sobre la mera información periodística y con la desenvoltura del escritor avezado a manejar las ideas y las palabras, nos enfrenta con problemas de honda sugerencia. Así, en el capítulo «Europa y América», que es como el final de sus andanzas periodísticas a través de dos civilizaciones; el Nuevo Mundo, de acero y cemento, y la Vieja Europa,

de mármol y piedra; incuestionablemente su admiración es por ésta, desoyendo las voces agoreras que dicen que la civilización occidental está en el ocaso. «Europa—escribe Montenegro—podrá estar vieja y hasta senil; pero del vigor del pasado conserva tan sólidos cimientos, que tendrán que venir conmociones mucho más grandes todavía para poder desarraigar desde sus cimientos ese tronco vetusto, cuyas flores empapadas de exquisito perfume siguen todavía embriagando al mundo en una primavera que de tanto renovarse ya nos parece eterna (pág. 288)».

MILTON ROSSEL.

## ASTERISCOS

Un nuevo libro sobre PORTALES. No de un chileno esta vez. No una historia apologética. Tampoco un punto sobre la *i...* No se eleva a Portales al rango de un semidiós, ni se le compara con César, Napoleón o Alejandro. No ha ido el autor tan lejos ni se ha dejado arrastrar por la pasión y la admiración. Contenido, medido, prudente, lo ha colocado a la altura de un hombre. Ni más ni menos. Un hombre como fué, lleno de pasiones, de defectos, de caprichos, de virtudes, de carácter. Fuerza y debilidad. Sensualismo. Egoísmo. Candidez. Brutalidad. Todo reunido en la planta hombre, en esa difícil y desconocida planta de que hablaba el poeta Alfieri.

Esta novela biográfica o mejor esta biografía novelada pertenece a Máximo Soto Hall, escritor centroamericano, que reside en Buenos Aires, desde hace tiempo, y según se tiene entendido es uno de los redactores de La Prensa. Este libro sobre la vida de Portales, está escrito con soltura, pero es un libro sin contorno. Como quien dice escrito a vuela pluma. Estilo más que simple, estilo de periódico. Soto Hall no posee el don dramático, ni es capaz de elevar el tono de su narración. Va como enhebrando una intriga, como haciendo páginas y más páginas de un folletín. El libro, sin embargo, interesa. ¿Contrasentido? se dirá. No. Un libro puede interesar y ser un libro mediocre como estilo, como profundidad patética, como fuerza psicológica. Está bien documentado, aunque en muchos aspectos el señor Soto Hall haya hecho de su capa un sayo, en punto a personajes. Pero

tiene la obra una cosa agradable liviana que no puede discutirse y que le permitirá correr con cierta fortuna su destino de libro.

\* \* \*

Pero en fin. Todas las biografías o historias noveladas están dedicadas a levantar hombres que mataron; hombres que fueron pérfidos, hombres crueles; hombres falsos, etc. Mientras mayor sea la hondura del mal, más éxito logra una biografía. Si se hace la biografía de un hombre con exceso de virtudes, de un descubridor pacífico, de un hombre que no mató o de un hombre que no fué pérfido, de un hombre de ciencia, la biografía no se lee; no tiene éxito y se la deja abandonada. Fouché ha sido el plato de todas las comidas, porque Fouché fué la perfidia y el mal en persona. Rozas ha sido novelado, porque Rozas fué la crueldad y el barbarismo. La biografía de Montalvo, por ejemplo, no tiene interés sino para los estudiosos que quieren conocer la trayectoria de esa vida ejemplar. Como no tiene mayor interés para los lectores americanos la biografía del cubano Martí. ¿A quién que no sea un enamorado de la línea recta, de la virtud sin claudicaciones, de la lucha tenaz por un ideal superior de libertad, puede interesarle Martí, como luchador, como apóstol, como maestro de una generación? Sólo a algunos escasos curiosos. *E via discorrendo*, como dicen los italianos. Citar todas las biografías pálidas e incoloras porque no tienen suficiente mostaza, que son desplazadas y a las cuales nadie se refiere, sería cosa de nunca acabar.

\* \* \*

A propósito del centenario del nacimiento de Isidoro Errázuriz cumplido en estos días, se ha dicho por ahí que es hora de editar el libro inconcluso de ese político que fué, a la vez, un escritor hecho y derecho. Vale Isidoro Errázuriz por su historia inconclusa. Por ese libro en el que dijo las cosas que hasta entonces nadie había dicho en Chile, y en el cual se intentaba

una defensa de las clases eternamente explotadas y expoliadas por los clanes de encomenderos. LA HISTORIA DE LA ADMINISTRACIÓN ERRÁZURIZ, es una obra digna de ser reeditada. Digna de ser por tanto leída, por gente que queriendo dar a entender que sabe mucho de Chile, ni siquiera conoce uno de los libros más importantes del siglo XIX. Esa historia es apenas conocida por algunos curiosos y eruditos de glacial aliento histórico.

\* \* \*

Decía Leopoldo Alas (Clarín) (¿por qué tan olvidado el maestro de críticos por los zoilos de ahora?); decía: «Criticar es murmurar, cortarle un sayo al lucero del alba y eso no se necesita aprenderlo». ¿Quién ha dicho que lo anterior fué escrito para los españoles en 1890 y en los Solos de Clarín? En estos asteriscos que no son más que contribución modesta para los innumerables maestros de la crítica chilena, he querido recordar algunos de los puntos débiles de la crítica y he aquí que Clarín me presta las alas de su formidable sentido crítico. Continuaba el gran escritor español a propósito de la crítica y de los críticos: «Si esto no es verdad, por lo menos así lo entiende el público; si quieres que te consideren como crítico de pelo en pecho, da de firme. El mayor elogio que saben hacer de tus críticas los más apasionados amigos es este: ¡Qué palo le ha dado Ud. a Fulano! ¿Cómo palo? dirás tú, si no entiendes de esto y te parecerá una ofensa; pero si sabes de metáforas te darás por muy satisfecho, y en adelante pegarás palo de ciego; y verás como recibes libros de muchos autores que en la dedicatoria te llamarán eminente, ilustre y cosas así, cuando propiamente debieran llamarte Machuca, Quebrantahuesos, Sansón, Hércules o Maza de Fraga».

Así se expresaba Clarín en 1890 en sus Solos y así habría podido expresarse de tanto aspirante a crítico como pulula por estas tierras, si le hubiera tocado vivir en ellas.—OBERÓN.

## Notas del mes

### EL PREMIO ROMA

Los premios *Roma* y *Academia de Italia*, fundados en 1933, el primero por el ex Embajador de Italia señor Orazio Pedrazzi; y el segundo a iniciativa del escritor Massimo Bontempelli, fueron otorgados este año a Pedro Prado y Francisco Antonio Encina. A Pedro Prado, por su bello libro de sonetos «*Camino de las Horas*» que marca un nuevo triunfo en la evolución lírica del autor de *Alsino*; y a Francisco Antonio Encina por su interesante estudio sobre *Portales*. Ambos libros fueron publicados en 1934 y especialmente el segundo dió oportunidad para que la crítica estudiara con considerable extensión el punto de vista del autor para intentar un análisis de la obra del célebre ministro.

La ceremonia de entrega de los premios, se efectuó el día 23 de Abril en el Instituto de Cultura Italiana. Se pronunciaron discursos alusivos por los señores Renato Silenzi, Encargado de Negocios de Italia, Francisco A. Encina, Carlos Silva y Pedro Prado. Del discurso elocuente de agradecimiento, de este último, creemos interesante reproducir algunos fragmentos. Haciendo una síntesis de la grandeza de Roma y del progreso de Italia, dijo Prado:

«Ved en pocos años el milagro de Italia. Ved su progreso portentoso, el rango que hoy ocupa entre las naciones, y el porvenir extraordinario que se le avecina. Como en el cur-

so de los grandes períodos de la historia, alienta en ella, una vez más, la Roma de los Césares.

Italia tan hondo ha ido penetrando, que llega hasta excavar en los comienzos mismos sobre los cuales la Ciudad Eterna fué fundada. Ahora ella no sólo ve, sino comprende el sentido de su símbolo inicial. He ahí los fundadores de un Imperio: dos niños amamantados por una loba.

La loba es la naturaleza hostil; los niños, los hombres puros y decididos. Para dominar la naturaleza hay que acercarse a ella resueltos y confiados, como nos aproximamos a nuestra propia madre; la decisión y el amor que le tengamos nos otorgarán los medios de conseguir transformar las entrañas de la fiera; ella, en vez de verter nuestra sangre, nos amamantará a sus senos ubérrimos.

Los hombres que así lo hagan, donde levanten su casa estarán fundando sin saberlo una ciudad que será el centro de un nuevo Imperio sobre el mundo.

A través de España, Roma alienta también en nuestra más penetrante intimidad. A pesar del tiempo y del espacio, sólo nos es necesario calar más lejos, más recio y más hondo para llegar también a ella.

Los tres grandes milagros, que en tan diversas épocas de la historia, hizo Roma en Italia, y que fueron enseñanza y contagio para Europa, también puede hacerlos entre nosotros.

Cuando suspicacias y recelos nos distancien de los pueblos vecinos, cuando las desinteligencias crezcan y la ceguera sobrevenga, intranquilas nuestras conciencias busquen en el pasado el origen común, y recordando la unidad italiana, seamos capaces de revivir nuestra hermandad, y también para nosotros sobrevenga el fuego que realice la ansiada unidad de América.

Bastará, por fin, que en nuestras labores cotidianas salvemos los límites de toda vieja rutina; que llenos de fe y de

esperanza, surquemos nuestra heredad de Chile y de América donde ella no haya sido arada. Yo os aseguro que aun quedan dioses, y sé que los más altos de ellos esperan ofrecerse en estas tierras vírgenes a la admiración de los hombres que trabajan cantando más allá de los límites habituales.

Cuanto más elevados y más grandiosos sean los edificios futuros de nuestras ciudades, más profundamente tendremos que excavar para hacer sus cimientos. Desde hoy me regocijo con los futuros y misteriosos hallazgos. ¿Ruinas de templos, tesoros ocultos? No. Mejor que todo ello. Una vez más encontraremos el símbolo fundamental de la loba. La Naturaleza dominada sabrá amamantar también en esta tierra a los que hayan sabido hacer de ella una madre, y les concederá la gloria de ser los iniciadores de una gran época para este pueblo.

Que así sea, que algún día podamos también nosotros llegar a la profundidad a que llega ahora Italia».